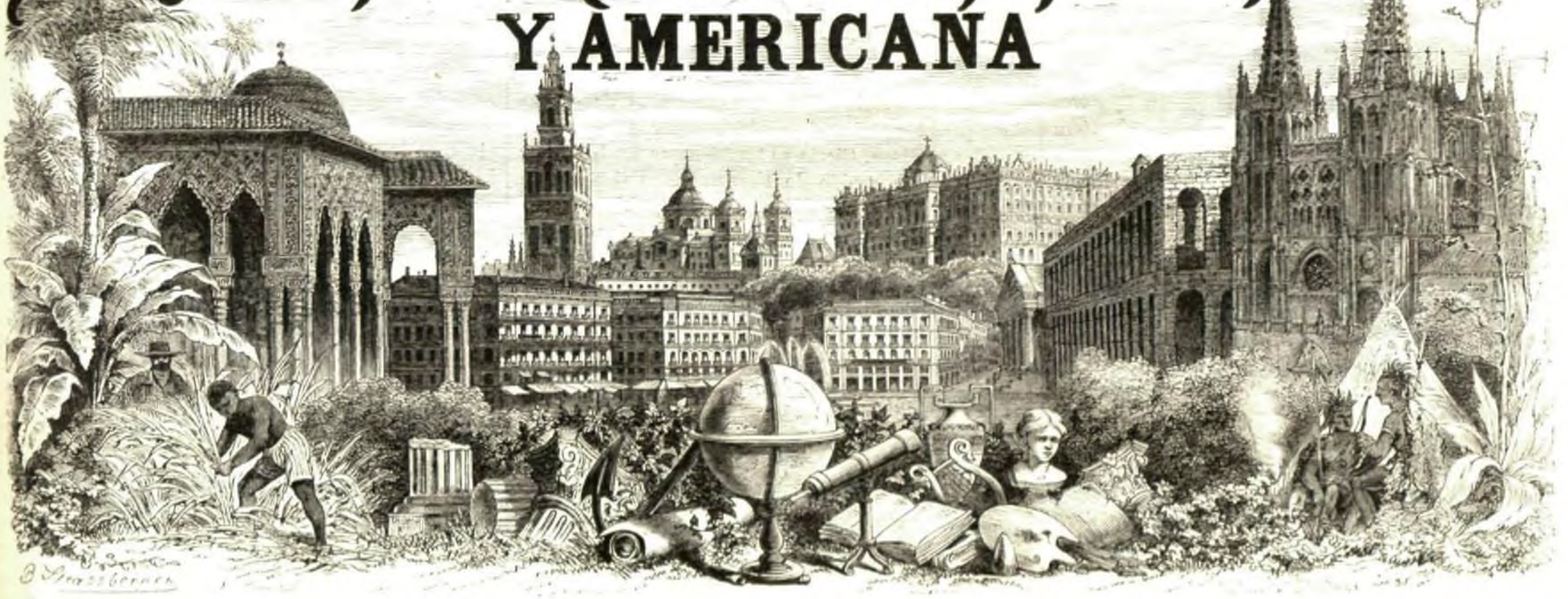
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	30 pesetas.	16 pesetas.	9 pesetas.
Provincias.....	35 »	18 »	10 »
Portugal.....	7.520 reis.	3.890 reis.	2.160 reis.

AÑO XV.—NÚM. VII.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, ARENAL, 16

Madrid, 5 de Marzo de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico...	9 pesos fs.	5 pesos fs.	3 pesos fs.
Filipinas y Américas..	12 »	7 »	4 »
Extranjero.....	40 francos.	22 francos.	12 francos.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por don Cárlos Ochoa.—La novela del Egipto, por don José Amador de los Rios.—El conde de San Luis, apuntes necrológicos, por X.—Salazar y Mazarredo.—Rendicion de Paris.—Burdeos.—Antes del combate.—Crítica literaria: Breton de los Herreros, conclusion, por don Jerónimo Borao.—El hambre en Paris, por X.—Album poético: A Eugenio, recuerdos, por E. Sanchez de Fuentes.—La fé del amor, novela continuacion, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Don Ramon Vilanova, apuntes biográficos.—Advertencias.

GRABADOS.—El conde de San Luis.—Don Eusebio Salazar y Mazarredo.—Entrada de los alemanes en el Mont-Valerien.—El conde de Moltke inspeccionando el cañon Saint-Valerie.—Vista de Burdeos.—Antes del combate, cuadro episódico militar.—Los prusianos enarbolan el estandarte aleman en la torre del Mont-Valerien.—Reparto de la sopa económica á los pobres del *faubourg Poissonniere*, en Paris.—Ajedrez.—Don Ramon Vilanova.

REVISTA GENERAL.

Madrid 2 de Marzo de 1871.

En el momento en que enviábamos á la imprenta las últimas cuartillas de nuestra anterior revista, recibiamos de Sevilla por el telégrafo una nueva tristísima, que consideraciones fáciles de comprender nos retrajeron de comunicar á nuestros lectores. Era el 22 del mes pasado, Miércoles de Ceniza: en la mañana de ese dia entregaba su espíritu al Criador el Excmo. señor don Luis José Sartorius, conde de San Luis, hijo preclaro de aquella misma hermosa ciudad del Guadalquivir, en que tan angustiosos y verdaderamente terribles transcurrieron los últimos dias de su vida. Una cruel enfermedad que por muchos meses le causó acerbos padecimientos, que ya ántes le habia aquejado durante algunos años, y cuyos primeros síntomas se desarrollaron en él durante su residencia en Roma en calidad de Embajador de España en 1866, le condujo al sepulcro en edad todavía temprana, dadas su robusta constitucion y arreglada vida: gran pérdida para su inconsolable familia y sus numerosos amigos, en cuyo número nos contamos con legítimo orgullo, pues abrigamos la firme conviccion de que pocas almas más hermosas, pocos caractéres más

EL CONDE DE SAN LUIS.

nobles, pocas voluntades más decididas por el bien y más animadas por el amor de la patria han figurado de muchos años á esta parte en el gran palenque de nuestras lides políticas, que el alma, el carácter y la voluntad del conde de San Luis. Su muerte nos parece una desgracia pública, pues no andan tan sobrados entre nosotros los espíritus de alto temple, cualquiera que sea el partido político á que pertenezcan, para que la pérdida de uno de ellos pueda ser indiferente á los que, como nosotros, ven siempre muy por encima de los intereses pasajeros de la política del momento los intereses permanentes de la patria. Todo hombre público de recta intencion y gran talento puede ser una *solucion* en un momento dado; y ¿quién sabe qué soluciones nos reserva el destino en los insondables arcanos del porvenir? No sabemos, no queremos saber, porque aquí no escribimos de política militante, si el conde de San Luis hubiera podido ser una de ellas: bástanos creer, como firmemente creemos, que por sus raras dotes naturales, maduradas por la experiencia, merecia serlo, y que si en efecto cometió algun dia, como se dice, lamentables desaciertos, purgados ¡ay! con una dureza de escarmiento que no siempre se ha aplicado á otros mucho mayores, no juzgamos verosímil que hubiera vuelto á cometerlos de la misma índole, pues motivos fundados hay para creer que no en vano pasaron por él los años, y más aún, los desengaños.

Pero dejemos este para nosotros resbaladizo terreno, y limitémonos á lamentar *en la reciente muerte del* conde de San Luis la pérdida del eminente orador y hombre de Estado que más ha hecho entre los modernos en favor de las letras españolas. Su nombre irá perpétuamente asociado á la restauracion del Teatro español: á su poderosa iniciativa se deben las leyes y reglamentos, que tan esencialmente han cambiado la condicion de los hombres de letras, y muy en especial de los autores dramáticos, convirtiendo en profesion tan lucrativa como honrosa la de escribir para el teatro, ejercicio que si siempre habia sido muy honroso, nada habia tenido de lucrativo entre nosotros, tal vez con la excepcion única de Lope de Vega. Era preciso en España ser un *mónstruo de la naturaleza* para ganarse la vida escribiendo comedias. Hoy basta ser un poeta de talento nada monstruoso y regular laboriosidad para encontrar en este trabajo tan útil á la sociedad cuando está bien desempeñado una razonable retribucion: gracias sean dadas por ello al iniciador de las reformas en el importante ramo de teatros, al conde de San Luis. Constante favorecedor de los jóvenes escritores de talento, á muchos tendió una mano protectora, siendo ministro de la Gobernacion; á todos auxilió en cuanto pudo, como ministro y particular: testigo aquel *Album* memorable que le dedicaron en 1850 las letras agradecidas, y en que figuraban los más acreditados nombres literarios de nuestra época. Muchos de aquellos nombres han adquirido despues otro linaje de ilustracion, á más de la literaria que siempre conservan; muchos tambien han enderezado el rumbo de su vida pública por muy distintos derroteros de los que siguió el desgraciado conde de San Luis: parécenos, sin embargo, que los más de ellos, si no todos, firmarian gustosos este sentido tributo de cariño y de justicia al ministro de corazon caliente y entendimiento clarísimo que tan bien supo comprender la gran verdad que encierra aquella sentencia de nuestro aragonés Marcial, cuyo sentido puede condensarse en estas pocas palabras: «¡Haya Mecenas y no faltarán Virgilios!»

Europa y la civilizacion están de enhorabuena: sólo Francia, la hoy desgraciadísima Francia, está de luto, y no queremos negar que con ella lo está tambien nuestro corazon, que por más que sea muy español, profesa á aquella generosa nacion, vanguardia de la humanidad en las vías del progreso, un cariño casi filial. No podemos ni debemos olvidar los españoles que de Francia nos viene hace muchos años las luces de que vivimos, dado que no sólo de pan vive el hombre, y los caudales que animan nuestras nacientes industrias; ménos aún debemos olvidar que la frontera del Pirineo está siendo en lo que va de siglo como la barrera salvadora en que sucesivamente todos nuestros partidos políticos han encontrado seguro refugio contra los insensatos furores de sus adversarios. Cierto que no han hecho en esto los franceses más que corresponder á la cordial acogida que encontraron en nuestro suelo, á fines del siglo último los emigrados de su nacion: pero los pechos honrados agradecen los favores y no los analizan. Cierto es tambien que muchas cosas malas nos han venido de Francia; pero si mal han hecho ellos en enviárnoslas, peor hemos hecho nosotros en admitirlas, y pobre razon seria esta para justificar una antipatía nacional, cuyos inconvenientes y peligros son siempre muy superiores á sus ventajas. El ódio al extranjero nos ha parecido siempre uno de los más caracterizados signos de barbarie: en casi todos los pueblos primitivos, ó lo que es lo mismo, bárbaros, un mismo vocablo ha servido para designar al extranjero y al enemigo. Léjos de nosotros esos rencorosos sentimientos: españoles sin duda ante todo, veamos sin embargo en el extranjero un hermano, y ya que no podamos ampararle en la desgracia, démosle por lo ménos nuestras simpatías.

Conocidos nos son ya los preliminares de la paz entre Francia y Prusia, cuyas durísimas condiciones ha aceptado por fin la Asamblea reunida en Burdeos, por una mayoría de 546 votos contra 107. Hoy mismo nos trae el telégrafo esta importante noticia. Las condiciones de la paz merecen ser conocidas en sus detalles: hélas aquí textualmente:

1.° Francia renuncia en favor del imperio aleman á sus derechos á los territorios siguientes:

La quinta parte de la Lorena, comprendiendo Metz y Thionville, y la Alsacia, menos Belfort.

2.° Francia paga cinco mil millones de francos en esta forma:

Mil millones en el año 1871, y el resto en el espacio de tres años.

3.° La evacuacion comenzará despues de la ratificacion del tratado.

Las tropas alemanas evacuarán entónces el interior de Paris y los departamentos situados en la region del Oeste.

La evacuacion de los departamentos se verificará gradualmente despues del pago de los primeros mil millones y á medida que se paguen los restantes.

Los plazos que dejaren de pagarse á su vencimiento, producirán el interés de 5 por 100 al año, á contar desde la ratificacion del tratado.

4.° Las tropas alemanas no impondrán requisas en los departamentos que ocuparán; pero su sostenimiento correrá á cargo de Francia.

5.° Se dará un plazo á los habitantes de los territorios incorporados á Prusia, para optar á la nacionalidad que gusten.

6.° Los prisioneros de guerra serán entregados inmediatamente.

7.° Las negociaciones definitivas para la paz, se verificarán en Bruselas despues de la ratificacion del tratado.

8.° La administracion de los departamentos ocupados estará confiada á los funcionarios franceses, bajo la autoridad de los jefes de los cuerpos alemanes.

9.° El actual tratado no da derecho alguno á la parte del territorio que no está ocupado.

10. Este tratado deberá ser ratificado por la Asamblea nacional de Francia.

Comprendemos que al empezar á dar cuenta á la Asamblea de este triste resultado de su mision á Paris y Versalles, faltasen las fuerzas á M. Thiers, que no desfalleció sin embargo, á pesar de sus años, á pesar de lo injusto y hasta brutal de la recia tormenta levantada contra él en la otra Asamblea legislativa de Paris, ántes de la guerra, cuando se vió escarnecido por los promovedores de ella, porque como hombre previsor y buen ciudadano queria evitarla: hoy se quejan de sus terribles consecuencias los que entónces sólo se prometian botin y laureles. Gran figura está haciendo hoy en el mundo M. Thiers: en sus manos está que Francia sea una monarquía, como todo parece indicarlo, ó una república, cosa que tampoco nos sorprenderia; pero una república muy diferente de las que hasta ahora se han conocido en Europa, fuera de la Suiza, que por mil razones es una excepcion, y mucho mas parecida á las modernas monarquías democráticas, que éstas á las antiguas monarquías. La verdad es que la forma monárquica ha experimentado en Europa, desde principios de este siglo, una trasformacion radical: mucho más se parecia Luis Felipe, verbi gracia, á Washington que á Luis XIV. No nos sorprenderia, repetimos, que monsieur Thiers, árbitro hoy de los destinos de Francia, quisiese hacer un ensayo de república con dos objetos: primero, probar si en efecto es ó no realizable en un gran país de Europa esta forma de gobierno, practicada con moderacion, cordura y buena fé; segundo, evitar á la familia real de su predileccion, que es á no dudarlo, la de Orleans, el doloroso trance de ceñir la corona en dias de tanto duelo para Francia, lo que seria un triste presagio para su consolidacion. Ya han apuntado algo de esto los periódicos franceses, como asimismo de otra idea atrevida, y que tampoco nos parece del todo descabellada, tanto más, cuanto que en cierta manera se enlaza con aquella: tal es, la de que Paris deje de ser la capital de Francia, y hasta deje Francia de tener propiamente una capital, siéndolo alternativamente, y segun las circunstancias, cualquiera de sus grandes ciudades. Extraña parece la idea á primera vista; pero cosas más estrañas estamos destinados á ver en el mundo. No faltarian gentes que viesen en este porvenir reservado á Paris, *moderna Babilonia*, un merecido castigo de sus livandades: no le daríamos nosotros esa explicacion; pero no es negable que Paris, por el ya exagerado refinamiento de su cultura, se ha enajenado con razon muchas simpatías en el mundo, y sobre todo en la misma Francia. Vaya una prueba entre mil.

Mientras en Madrid nos enterneciamos, como probablemente sucederia en todas las ciudades de Europa, pensando en las miserias sin cuento que pesaban sobre la desgraciada y hambrienta poblacion de Paris durante los dos últimos meses de su apretado asedio, la poblacion de Paris—decimos mal, una parte sin duda pequeña de la poblacion de Paris—se solazaba con las saladísimas caricaturas que de su propia desdichada situacion hacian diriamente aquellos implacables caricaturistas. Mentira parece, y no lo creyéramos á no haberlo visto: pero un amigo llegado estos dias de aquella capital ha tenido la humorada de recoger y traernos una coleccion de grandes estampas iluminadas, con el título de «Paris assiegé» (Paris sitiado), que ciertamente nos habrian hecho reir de veras, si de veras tambien no nos hubiesen puesto de mal humor. Se necesita estar organizado de cierta manera para encontrar materia de chiste, siendo francés, en el mayor desastre por que ha pasado Francia, al decir de su grande historiador M. Thiers: se necesita tambien no sabemos *qué mezcla de desfachatez, tontería* y pueril audacia, para consolarse de la tremenda leccion que ha dado á Paris el emperador Guillermo, poniendo en caricatura al emperador Guillermo y á su respetable esposa la emperatriz Augusta. Convengamos en que estas cosas no se ven más que en las márgenes del Sena, y tal vez en estas cosas y otras por el estilo pudiera encontrarse la clave del desastre inaudito porque Paris acaba de pasar con sincera afliccion de todos,—menos de algunos parisienses. No hay para qué decir que las caricaturas tienen mucha gracia. Vése en una de ellas á un elegante mequetrefe ofreciendo á una señora, que así puede ser una dama de alto rumbo como una *cocotte*, un delicadísimo agasajo, á saber: un tarrito de manteca de cerdo, un manojo de zanahorias, un anca de caballo, un gato con honores de conejo destinado al sacrificio culinario, etc., etc., con esta leyenda al pié: *¡Permítame usted, señora, que tenga el honor de rogarle que acepte estos objetos de alta curiosidad!!!* Vése en otra á un matrimonio de la clase acomodada, reducido al último extremo de demacracion ridícula, formando contraste con la extraordinaria obesidad de ambos cónyuges ántes del sitio, á juzgar por sus respectivos retratos que se ven colgados de la pared. Esta caricatura se llama: *¡Sacrificio hecho á la patria!* No queremos seguir

esta enojosa numeracion. Siempre hemos respetado y respetaremos el sagrado derecho de pataleta; pero parécenos que aquí se abusa ya un poco de él. Por lo demás, de seguro la risa, así de los que ideaban estas caricaturas como la de los que se recreaban con su vista, era lo que por acá llamamos *la risa del conejo*.

Esto no obsta para que hayamos asistido con particularísimo gusto á la funcion religiosa en socorro de los heridos franceses, que se celebró ayer en la iglesia de San Isidro. Segun la expresion consagrada, *todo Madrid estaba allí*. Lo celebramos por los heridos franceses y por Madrid.

El eclipse total de sol del 22 de Diciembre último, y del cual hablarán oportunamente la mayor parte de los periódicos, ha dado ocasion á intererantes estudios especiales, que en forma de *Memorias* han tenido la complacencia de remitirnos varios señores, entre otros don J. Riudavets, oficial de marina á bordo del vapor *Piles;* don Manuel Hernandez, jefe de ingenieros de la provincia de Almería; y don Vicente Rubio y Diaz, don Francisco F. Fontecha y don José Alcolea y Tejera, director el primero y profesores los dos últimos del Instituto de Cádiz. Sumamente interesantes son las observaciones hechas por estos señores en San Lúcar de Barrameda, Almería y Cádiz, y con gusto las hubiéramos reproducido en las columnas de esta ILUSTRACION, á no habernos faltado espacio para ello: nuestro deseo además habria sido insertarlas todas, pues en todas ellas hallamos, no sólo algo, sino mucho bueno digno de ser conocido.

Dos libritos nuevos, ó más bien renovados, tenemos á la vista: las *Delicias del nuevo paraiso*, por don José Selgas, el inspirado cantor de la *Primavera*, que olvidado hoy de sus flores y sus aromas que tan legítima gloria literaria le dieron, dedica de algun tiempo á esta parte su claro ingenio á asuntos de muy distinta índole, políticos y filosóficos; y las *Páginas de la infancia* (LECCIONES DE MUNDO), de don Teodoro Guerrero. Más fiel éste que el señor Selgas á sus comienzos literarios, ni desdeña el lenguaje predilecto de las musas, el verso, ni se engolfa en las grandes cuestiones sociales á la manera de los políticos, sino sólo á la de los poetas. Su libro, destinado á los niños, como su título indica, está lleno de excelentes máximas morales condensadas en lindos versos, en que respiran aquellos sentimientos apacibles que tanto conviene infundir en la tierna niñez. Con esta graciosa enseñanza empieza el libro del señor Guerrero:

Al nacer, niño, viertes
lágrimas tristes,
y cuanto hay á tu lado
todo sonrie.
¡Ay! haz de modo
que al morir, tú sonrias
y lloren todos.

Consta la obra de *Máximas y consejos*, composiciones cortas por el estilo de la que hemos dado de muestra, en que la sencillez de la forma no excluye la profundidad, y sobre todo la verdad del pensamiento, y de una coleccion de fábulas en su mayor parte felicísimas. El autor publicó su libro en la Habana hace años, y la edicion que tenemos á la vista y acaba de dar á luz en Madrid es la *sexta:* esto prueba una vez más que el público, como ya dijo Iriarte,

Tambien si le dan grano, come grano.

En punto á nuevas producciones dramáticas, sólo tenemos hoy que dar cuenta, y eso ya con algun atraso, de una que ha sido un triunfo para su autor, nuestro querido amigo don Eusebio Blasco, y una fortuna para la crítica de la escuela de la nuestra, deseosa siempre de tener ocasiones de elogiar, alguna vez de advertir, nunca de morder.—Hablamos del estreno en el *Teatro Español* el 18 del mes pasado, del lindo proverbio en dos actos *No la hagas y no la temas*, que sigue atrayendo cada noche una escogida y á veces numerosa concurrencia. Pertenece esta elegante obrita, á pesar de ser completamente original, al género que tanto ha ilustrado en Francia los nombres de Alfredo de Musset y Octavio Feuillet; ¡y cosa más rara aún! el señor Blasco ha tenido la habilidad de hacer una obra esencialmente española, por cuanto los caractéres de sus personajes piensan y hablan como nosotros, no obstante hallarse incrustada en un marco de primorosa talla exótica. Enviamos á nuestro amigo una doble enhorabuena por su nuevo proverbio en primer lugar, y en segundo por la incomparable interpretacion que ha hallado en el señor Catalina y en la señorita Boldun, á quienes á veces escucha uno embelesado figurándosele que por arte mágica se encuentra de repente en un *fauteuil d'orchestre* de la escena clásica de la rue de Richelieu. Injusto seria no hacer tambien mencion del señor Oltra, que tanto relieve sabe dar al felicísimo rasgo cómico siempre con razon aplaudidísimo al final de la obra.

CÁRLOS DE OCHOA.

LA NOVELA DEL EGIPTO.

CARTA Á SU AUTOR, EL SR. D. JOSÉ CASTRO Y SERRANO.

I.

Mi muy estimado y digno amigo: Recibí há pocos dias el interesante libro que usted acaba de imprimir bajo el título de *La Novela del Egipto*, etc., y con reserva de dar á usted muy sinceras gracias por la cortesía de tan agradable regalo, entreguéme luégo á su lectura, que han retardado algun tanto inevitables y diarios quehaceres. Termino en este instante ocupacion tan grata; y no quiero que pase una sola hora sin cumplir aquel mi bien nacido propósito, ya que mi gratitud, á quien por madre reconoce, ha recibido muy hidalgos estímulos durante su sabrosa lectura. Doy á usted, pues, muy encarecidas gracias por su fina memoria; y cumplido este deber de justa cuanto afectuosa correspondencia, envíole el parabien más colmado. Al hacerlo, no solicito, mi buen amigo, en modo alguno su agradecimiento, ni lleno una simple fórmula social, como en tales ocasiones es costumbre: hace un año que me tentó el deseo de decir á usted cuatro palabras sobre las *Cartas anónimas*, cuya paternidad reclamó usted, viéndolas tan legítima y merecidamente coronadas por el más lisonjero éxito; y ya que la ocasion se me entra de nuevo por las puertas, *carta canta*. Prepárese usted por ende, á oir con paciencia lo que me ocurrió entónces y me ocurre ahora sobre las *cartas* de ayer y el *libro* de hoy, seguro, como ha de estarlo, de que esta mi epístola va desnuda de toda lisonja como de toda pretension y disimulo.

Cuando usted, valiéndose del ardid del anónimo y haciendo imaginario oficio de viajero, comenzó á dar á luz sus tan celebradas *cartas*, hallábame, amigo mio, postrado en cama por uno de los más terribles ataques de reuma ó gota, pues no andan acordes los Galenos, de que he sido víctima en los últimos años. Divertia un tanto, en aquella triste situacion mia, tan acerbos dolores con todo linaje de lectura, inclusa la de los diarios políticos, á que nunca fuí grandemente dado; y tenia entre ellos muy singular preferencia *La Epoca*, no ya sólo por la cordura, circunspeccion y templanza de que hace habitual muestra, mas tambien por las muy discretas correspondencias del extranjero que de continuo la enriquecen. En tal estado y por tal camino, llegó á mis manos su primera *Carta sobre el Canal de Suez;* y confiésole, con no ménos verdad que lisura, que me sorprendió muy de veras, por la soltura, gracia y facilidad con que venia escrita, y que me inspiró con tales prendas el más vivo anhelo por recibir las restantes prometidas. No faltaron éstas á los plazos convenientes, como no decayó el interés excitado en mí desde la aparicion de aquella, encendiendo, al contrario, cada vez más el deseo de penetrar el misterio que parecia envolver el nombre del autor, tan cuidadosamente celado.

¿Quién era el autor de aquella suerte de crónica, que tan alta y cabal idea nos traia, no solamente de la prodigiosa obra de Lesseps, sino tambien de las antigüedades de Egipto, no olvidada su vida actual, ni desdeñadas sus pintorescas costumbres? ¿Por qué, yendo para dar cabo á la empresa que habia acometido, tan abastecido y pertrechado de todo género de datos y noticias históricas, artísticas y literarias, mostraba tanto escrúpulo y recelo en recoger desde luego el merecido premio de su erudicion y de su talento?.. Estas preguntas formulaba cada vez que leia una nueva *Carta*, admitiendo de buena fé la ficcion por usted discretamente fantaseada en la primera; porque ha de saber usted, mi buen amigo, que no eran para mí inverosímiles, como parecen haberlo sido despues para muy doctas personas, el acopio y alarde que usted hacia en todas sus epístolas, y siempre con discrecion extremada, de los conocimientos referidos. Teniendo muy de antiguo la costumbre de prepararme con el estudio de los autores que han tratado de la localidad, siempre que he realizado algun viaje arqueológico, no era para mí maravilla, y antes sí muy natural y corriente, el que resuelto por el autor de las *Cartas* su viaje á Egipto, adoptase el mismo sistema, si pretendia hacerlas fructíferas y deleitosas; y como ambos extremos se cumplian tan por entero en las publicadas por *La Epoca*, no se me alcanzaba el motivo ni la justicia de que salieran á la luz del dia con nota y condicion de *expósitas*.

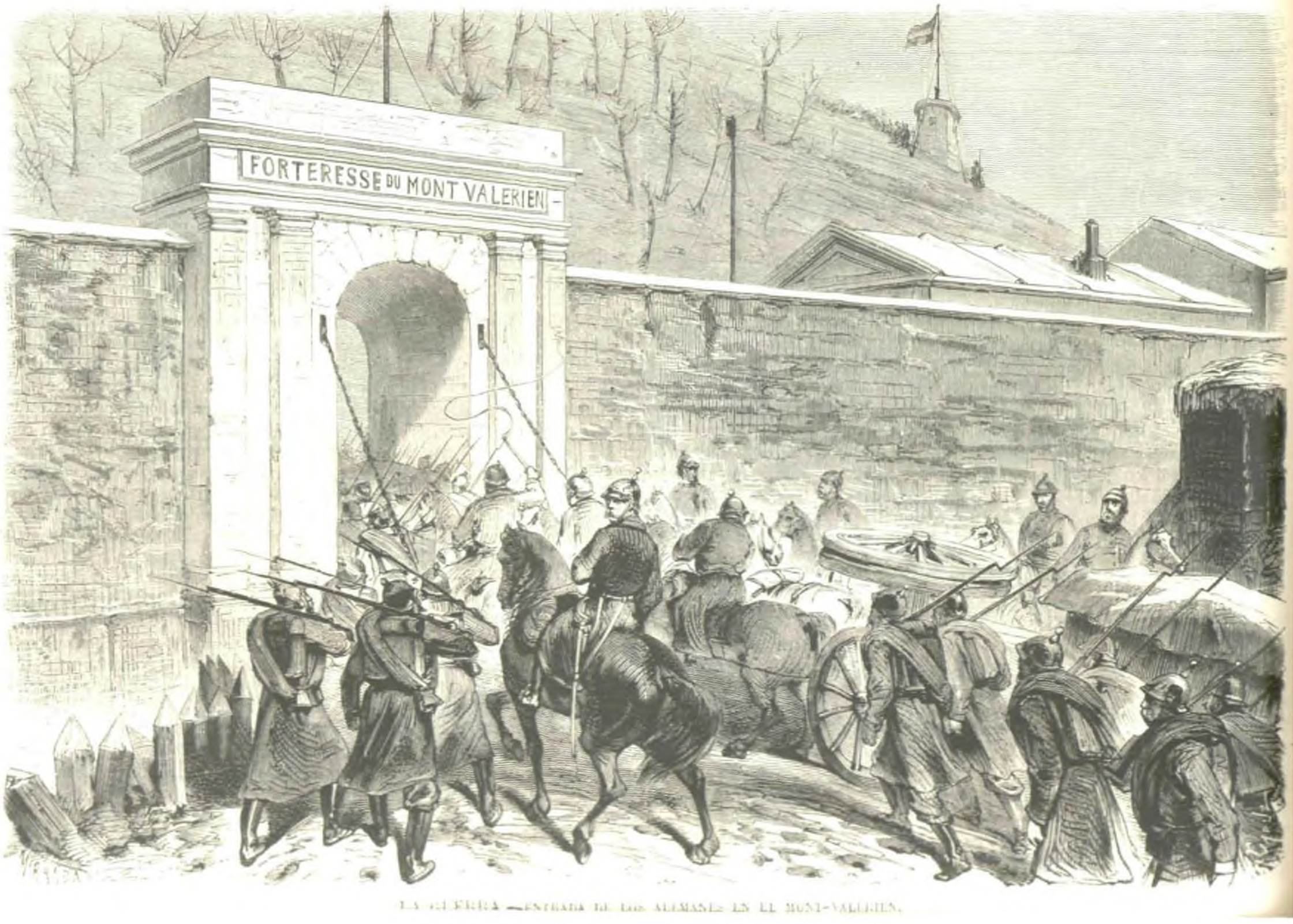
Hubieron sin duda de pensar como yo los buenos amigos, á quienes usted habia hecho cómplices de su pecado de ficcion y ocultamiento, cuando á poco de dada á la estampa la postrera *Carta*, se decidió usted á levantar el velo que le encubria, para admiracion del público ilustrado y contentamiento de los que por amigo le contamos. Y digo para admiracion del público, no porque me deje ahora llevar en la corriente de menguada lisonja, vicio que jamás pudo vencerme, suponiendo que las *Cartas* impresas en *La Epoca* eran una «décima maravilla;» sino porque dado su indisputable mérito, subian los quilates de éste, considerando que el autor habia viajado á pié quieto, con más provecho y placer de los lectores que otros muchos viajeros antiguos y modernos, salvos siempre la respetabilidad, el ingenio y la ciencia de los que á la sazon recorrian el Egipto, en nombre de España. Decir que no participé de tan universal como legítima admiracion, fuera, mi excelente amigo, sobre injusto, nada verídico: participé de ella como el que más, sin que me ofendiera el engaño en que habia vivido durante la publicacion de las *Cartas*; y en aquel primer momento hice formal propósito de mostrarla á usted, no sin la más sincera enhorabuena: muestra espontánea de la consideracion y cariño que há tiempo me inspiraron las raras dotes de su ingenio, no ménos que las estimables prendas de su carácter.

No me fué dado, sin embargo, realizar este mi intento, llegando á punto tal lo agudo de la dolencia que padecia, que no sólo el escribir, mas aún el leer, fué ya para mí empresa difícil, ó mejor diciendo, imposible. Mucho me contrarió esto: el tiempo adelantóse tanto, que por no pasar plaza de impertinente, desistí al cabo de aquella mi amistosa y honrada idea, no sufriendo poco mi espíritu con ver malograda la ocasion de aplaudir los generosos esfuerzos de su ingenio. Para quien de cerca me conociere y sepa del modo que gozo yo con los triunfos del talento en general, y más especialmente con los alcanzados por mis amigos, no será hiperbólico el decir que experimenté un verdadero contratiempo. De él ha venido ahora á redimirme su no desmentida benevolencia para conmigo, remitiéndome la *Novela del Egipto;* y porque no envejezca tambien esta ocasion, indicado ya tan por resúmen el general concepto que formé sobre sus *Cartas de Egipto*, quiérole ahora poner aquí algo de lo que su libro me ha inspirado, bien que por ser libro y cartas una misma cosa, habréme de contentar con traer á la memoria lo que há un año imaginaba.

II.

Paréceme oportuno, ante todo, manifestar á usted, mi buen amigo, que al encontrar al frente del libro el peregrino título de LA NOVELA DEL EGIPTO, *viaje imaginario á la apertura del canal de Suez*, asaltóme el temor de que, tras esta novedad, vinieran otras más sustanciales y de mayor bulto, que despojaran á la bella coleccion de *Cartas*, publicadas en

DON EUSEBIO SALAZAR Y MAZARREDO.



LA GUERRA.—ENTRADA DE LOS ALEMANES EN EL MONT-VALERIEN.

VISTA DE BURDEOS.

LA GUERRA.—EL CONDE DE MOLTKE EXAMINANDO EL CAÑON *Saint-Valérie*.

La Época, de aquella amable ingenuidad y graciosa soltura que tanto las habian distinguido. Traia consigo la mudanza del nombre la idea del cambio de la forma; y pues las *Cartas* habian cobrado fama como tales, corriase el riesgo de aventurar, con la innovacion, el ya logrado éxito. ¿Ni qué razon podia legitimar tampoco el nombre de *novela?*... Confieso á usted paladinamente que al anuncio de estas novedades, que venia hasta en el tejuelo del libro, apresuréme á buscar en él alguna explicacion de tan inesperada metamorfósis, hallándola en efecto en sus primeras páginas, aunque no tan cumplida que acallara de lleno mis primeros reparos. Sobre todo no me aquieté, ni lo estoy, en cuanto á lo de *novela;* porque si es verdad que usted no ha estado en Egipto (y esto es lo único ficticio), éslo tambien que su relacion versa y trata de cosas reales y positivas, apoyada á la continua é iluminada por las enseñanzas de la historia. Tampoco me satisfizo lo de *viaje imaginario*, por muy análogas razones: es «imaginario,» como usted perfectisimamente sabe, «todo aquello que sólo tiene existencia en la fantasía:» por manera que, como á pesar de no haber usted salido de su morada para escribirlo, todo cuanto en su *viaje* menciona y describe, ha tenido y tiene real é histórica existencia, no le cuadraba por completo el título de *imaginario*, que pudo, acaso con mayor propiedad, sustituirse por el de *imaginado*.

Mas dejadas estas pequeñeces, en que le suplico quiera ver una sincera prueba del interés con que miraba sus celebradas *Cartas*, es placer mio el declararle desde luégo que, con sólo mariposear el libro, me persuadí de que ni en la esencia, ni en la forma, habia cambiado aquella sabrosa y poética relacion de las cosas de Egipto y del triunfo inmortal logrado en sus regiones por la moderna civilizacion, reseña que habia cautivado el aura universal en las columnas de *La Epoca*.—Allí estaban en verdad las cartas expósitas; pero honradas ya con el nombre de su legítimo padre, y trocado el suyo por el de *jornadas*, más apropiado al nuevo intento de viaje: á su cabeza aparecia, haciendo veces de introduccion, un nuevo estudio sobre el antiguo Egipto; con lo cual, quitada la etiqueta epistolar, tomaba la obra el carácter del verdadero libro: á esta introduccion precedia cierta manera de «confesion con cargos» que, llenando el hueco del prólogo, ponia de relieve, á vista del lector, la ocasion, el pensamiento, la manera y hasta los medios de que usted se habia valido, para dar cumplida cima á tan inusitada empresa. La trasformacion, aunque no sustancial ni siquiera literaria, existia, sin embargo, bajo la forma artística, y las nociones atesoradas en las *cartas*, se habian acaudalado nuevamente en el *libro* con muy oportunos é interesantes antecedentes y documentos.

No osaré yo aquí exponer á usted un análisis de las seis *jornadas*, de que aquél se compone: fuera esto en verdad *noctuas Athènas mittere* y más que sobrada impertinencia. Es, sin embargo, todo viaje, ya se finja en las regiones de la fantasía, como el descrito por el Dante en su *Divina Commedia*, ya se haga real y verdaderamente, como la peregrinacion de nuestro *Ruy Gonzalez Clavijo* al imperio del Gran Tamorlan, una série de episodios á que sirve de lazo, constituyendo la unidad de que es susceptible, la constante presencia del autor, en torno del cual giran los hechos, y á cuya vista aparecen, como en prodigioso panorama, los monumentos, que evocan, animan y dan forma y color á sus recuerdos. No temo, pues, causar á usted enojo con observarle, partiendo de esta consideracion, que enriquecidas las referidas *jornadas* de su libro por muy bellos episodios, no ménos sustanciosos que recreativos, hánme despertado vivamente la atencion y lisonjeado el gusto su variedad, su abundancia, y sobre todo la oportunidad, ligereza y gracia con que los más son traidos al tablero.

Alternan con ellos, acaso con excesiva frecuencia, las digresiones y áun las reflexiones; y tejidos unos y otras con arte peregrino, que envidiarán á usted cuantos sintieren el anhelo de saber hacer un libro, forman todos aquel extraordinario caudal de agradable erudicion, que hacia un tanto inverosímil la ficcion de las *Cartas*. Etnográficos, históricos, científicos, artísticos, literarios, morales y políticos son, en efecto, los episodios, las digresiones y las reflexiones, con que usted ha sabido esmaltar y dar subida estima al libro de Egipto: en ellos ha hecho gala de poseer, en grado no vulgar, así las dotes del poeta lírico y descriptivo, como las del narrador brillante y pintoresco, y áun las del no somero filósofo. Interesante es, en el primer concepto, cuanto usted apunta dentro de la primera jornada sobre el origen, la religion, la constitucion social y la sucesiva cultura del pueblo de los Pharaones; todo lo cual trae á la memoria y se concierta por extremo con el prodigioso esfuerzo hecho, al mediar del siglo XIII, por el Rey Sabio, para dar cabida en su *Grande et General Estoria*, con el testimonio hoy vindicado de Mànethon, á las antiquísimas dinastías de aquellos príncipes, negadas ú olvidadas por los historiadores modernos. Ni excita menor curiosidad cuanto, ceñido al mismo órden de ideas y salvando crecido número de siglos, se refiere en las siguientes jornadas á la vida de actualidad; parte no indiferente por cierto, en que ha logrado usted bosquejar y áun pintar cuadros tan bellos y acabados, como los relativos á los festines y á las danzas, cuya original descripcion tiene en verdad pocas rivales.

De encanto singular y aire casi legendario ha rodeado usted, en el segundo concepto, á ciertos episodios históricos, bastándome citarle por todos el que trata de los infelices amores de Cleopatra. Inspiróme este recuerdo las pretendidas *Agujas*, que guardan en Alejandría el nombre de aquella singular mujer, árbitra un dia del Egipto, y dueña despues de los destinos del Oriente, en brazos de Marco Antonio. De la pluma de usted han brotado realmente, con esta ocasion, severos rasgos históricos; pero la historia de Cleopatra ha cobrado al par tan peregrino colorido, que no en balde podria decirse que ha entrado, bajo sus vivaces y graciosas pinceladas, en el dominio de las leyendas orientales. Algo de esto sucede tambien por lo que á los monumentos artísticos atañe: su descripcion es, como debia, simplemente episódica, mostrándose á menudo el deliberado propósito de esquivar el compromiso, que pudiera traer á usted su ponderada incompetencia, en este linaje de estudios; y sin embargo, no achaque usted á lisonja el que yo le indique que acaso ha de formarse más cabal idea de aquellos monumentos por lo poco que usted tan de pasada observa, que por lo mucho que otros con mayores aspiraciones dijeren.

En órden á los episodios literarios, si así en rigor pueden llamarse los recuerdos que de este género evoca, no será difícil adivinar que los doctos han de dar la preferencia al que se refiere á los «escombros de la Biblioteca de Alejandría,» cuya destruccion se atribuyó toda entera, y áun la crítica superficial sigue atribuyéndola, al mahometano Omar, mediado el siglo VII. Con selecta erudicion y crítica discreta toca usted punto tan importante en la historia de las ciencias y de las letras, poniendo de relieve la injusticia de los que tal hicieron y hacen. Pero dice usted bien: la destruccion de la Biblioteca, apellidada por antonomasia *Tesoro de los remedios del alma*, fué ocasionada del fortuito incendio de la «Academia,» nacido de las teas que redujeron á cenizas, por traza militar de Julio César, la última flota de los Ptolomeos; mas salvóse una buena parte del «Serapium,» y con ella no escasa copia de volúmenes, que alcanzó á contemplar allí en 415 el español Orosio. Apoderado Omar de Alejandría, la utilitaria barbarie de este caudillo acabó desdichadamente con aquellas gloriosas reliquias, destinadas por él á calentar el agua de los baños públicos.

De esta manera, y bebiendo siempre en no enturbiadas fuentes, va usted en su bien imaginado viaje restableciendo la verdad de las cosas, y rectificando las ideas que lo han menester por erróneas ó incompletas. Mas perdóneme usted, mi excelente amigo, si le informo tan por menudo de lo que usted tiene ya tal vez olvidado, aunque no ha de serlo tan fácilmente el galardon que le conquista. Dado á los estudios históricos y literarios, no es maravilla que me deje llevar, tan á sabor mio, de cuanto halague estas mis viejas aficiones, y culpa será de usted y de su libro el excitarlas con tanta eficacia.—Todos tenemos, en verdad, nuestros *libros de caballerías*.

III.

Volviendo á Egipto, hame agradado por extremo, y creo que en esta parte consiste el mérito especial de su llamada *Novela é imaginario viaje*, la singular habilidad con que excita desde las primeras líneas, y conserva con sucesivas creces hasta el fin, el principal interés de su libro, que es la empresa gigantesca de Lesseps, tan gallardamente acometida como prodigiosamente coronada por el más colmado éxito. Peligro habia, y no pequeño, de que avasallado usted por la novedad y abundancia de las cosas que iba exponiendo y narrando, y vencido de su bizarría, se oscureciera y ahogara bajo el brillo y peso de sus pintorescas narraciones, la exposicion y el juicio de cuanto al *Canal*, su *historia* y su *apertura*, más íntimamente tocaba. Esquivado el riesgo con tanta discrecion como acierto, ha sabido usted enlazar y como derramar en todas sus *jornadas* la historia de obra tan colosal, no escatimando el aplauso á quien lo tiene merecido, y haciendo á todos justicia distributiva: que ha sido colocarse, respecto de punto tan principal, en el verdadero terreno de la crítica histórica, lauro que nadie osará disputar á usted con justicia.

Considerando su libro bajo esta relacion capital, no es en efecto insignificante el placer que su lectura proporciona. Desde la primera *jornada* conoce ya el lector al héroe de esta gran epopeya de la ciencia y del arte modernos: su retrato, que usted tal vez con excesiva modestia presenta como hecho simplemente *al contorno*, trueca luégo las generales simpatías con que era recibido el nombre de Lesseps, en respetuosa aficion y admirador cariño; afectos que parecen agrandarse, cuando apuntada ya la idea del *Canal*, que habia de unir las aguas del Mediterráneo con las del Mar Rojo, ofrece usted, con arte extremado, la nocion histórica «del antiguo canal faraónico.» La admiracion que inspiran, tras la grandeza de su proyecto, el fecundo ingenio, la actividad y la constancia jamás domada de este hombre extraordinario, crece á maravilla, al seguir á usted en sus descripciones de Puerto-Said, levantado sobre las desmenuzadas ruinas de la antigua Pelusa, y de la novísima Ismailia, nacida toda entera al *fiat* de este coloso de la voluntad y de la inteligencia.—La vida, el arte, la cultura de Occidente, movidas é impulsadas por la diestra de Lesseps, han tomado asiento en la embocadura oriental y en el centro del Canal intermarino, disputando á Suez, emporio anglo-francés de las costas asiáticas, su prosperidad y su belleza.

Con no menor discrecion ha tejido usted, ganado ya para el héroe de esta su llamada *Novela* el universal afecto, la relacion de los inmensos trabajos, de las contradicciones y de las luchas realizadas y sostenidas por él, ántes y despues de poner mano en las obras; y porque éstas no se hubieran emprendido ni ménos llevado á cabo sin la aprobacion, el auxilio y áun el entusiasmo de los vireyes de Egipto, pone usted á sus lectores en inmediata relacion, no ya sólo con Ismail-Bajá, actual posesor de aquéllas regiones, sino tambien con Mehemet-Alí, su heróico abuelo, á que deben las tierras del Nilo su presente renacimiento y la esperanza de su futura grandeza. Corona todos estos hechos, íntimamente enlazados con la historia del *Canal*, la relacion de los preparativos y de las ceremonias civiles y religiosas de su apertura, con el animadísimo y pintoresco viaje á Suez; actos y sucesos todos en que Oriente y Occidente, unidos por la vez primera, merced á un pensamiento altamente civilizador, aparecian en pacífico y fecundo maridaje, á que presidian reyes y emperadores, brillando á su cabeza la bella emperatriz de Francia, juguete hoy y escándalo de la fortuna.

No es otra por cierto la historia que sirve como de eje, á cuyo alrededor se mueven con el encanto que usted ha sabido prestarles, los multiplicados episo-

dios históricos y artísticos, y las digresiones filosóficas y científicas que, cobrando á menudo el valor y la importancia de verdaderos problemas políticos ó sociales, aguardan en su mayor parte feliz solucion del ya iniciado engrandecimiento del Egipto, verificado el sueño del nuevo Colon, al abrir más breve camino á las regiones orientales. Mas para que nada apeteciera el deseo, y porque seria injusto condenarlos á indigno silencio, ha querido usted cerrar su libro con la generosa mencion de «las glorias oscuras de esta empresa,» entre las cuales no olvida al infatigable Waghorn, primero en mostrar la utilidad y conveniencia de atravesar el istmo para ir á la India, ni al docto Linant de Bellefonds, á cuyo talento fué debida la probanza de la «nulidad de los desniveles» del Mar Rojo y del Mediterráneo, haciendo figurar en último término, bien que sin desdeñar sus grandes merecimientos, á los industriales Dussaud-hermanos y Borel-Lavalley, fabricantes unos de la piedra artificial, empleada en las construcciones, y autores otros de las colosales dragas, con que se ha profundizado el anchuroso cáuce del canal intermarino.

Todo tiene, mi excelente amigo, su lugar propio y su pertinente relacion en este su estimable libro. No sea esto decir que yo lo repute, con reprensible lisonja, como un libro fundamental, grave, profundo, y que trate *ex radice* y magistralmente las variadas y no fáciles cuestiones que abraza, imprimiéndoles un sello rigurosamente científico y trascendentalmente filosófico; pero si que tiene, y esto no ha de lastimar su modestia, cuanta filosofía y cuanta ciencia se habia menester para ilustrar al lector, así como tiene el arte necesario para cautivarle. Imposible es negar que estas dotes se aquilatan y suben de estima con las muy preciadas prendas y galas de estilo y de lenguaje, que usted ha derramado en todo el libro. Es el primero rico, pintoresco y levantado, sin oscuridad ni afectacion: sobresale el segundo por su naturalidad, frescura, flexibilidad y lozanía; virtudes todas que rara vez se anublan ú oscurecen, áun dado el habitual consorcio de autores extraños, en que forzadamente ha vivido usted mientras disponia y trazaba su obra. Mas estos insignificantes descuidos, que no todos aprecian y los más no llegan á sorprender, no empequeñecen en verdad, ni rebajan el subido mérito del libro, siendo de facilísima correccion y enmienda, como no deslustran el triunfo por usted tan dignamente alcanzado.

Ya ve usted, mi querido amigo, que no le falto á la palabra. Prometíle, al comenzar, que iria esta mi epístola desnuda de toda lisonja y disimulo; y en verdad que si he tenido que contrariarme ha sido para abreviar los elogios, forzado á encerrarme en los límites sobradamente estrechos de una carta. Con ella satisfago, no obstante, mis deseos de antaño y de ogaño, enviando á usted el más sincero testimonio del placer y de la satisfaccion, con que una y otra vez he dado cima á la lectura de las *Correspondencias* de la *Novela del Egipto*. Podrá quizá ser erróneo mi juicio: mucho habré de sentirlo; mas llegada ésta á sus manos, no me será ya posible reformarlo sin su aprobacion y su permiso; porque como usted sabe y dice el refran: CARTA CANTA.

Soy siempre de usted muy devoto amigo q. b. s. m.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

Febrero de 1871.

EL CONDE DE SAN LUIS.

A las nueve de la mañana del 22 de Febrero último ha fallecido en Sevilla el Excmo. señor don Luis José Sartorius, conde de San Luis y vizconde de Priego.

Era uno de los hombres más ilustres de nuestra patria, como político leal y consecuente, como literato distinguido, como protector generoso de la juventud ilustrada: y aunque los partidos políticos, exacerbados por desgracia hasta un punto bien deplorable, intentaron en más de una ocasion mancillar el nombre preclaro del señor Sartorius, presidente del Consejo de ministros al iniciarse el movimiento militar capitaneado por los generales O'Donnell y Dulce, en 1854, aquél, en una sesion célebre que áun recordamos, consiguió sincerarse elocuentemente de los cargos que algunos malévolos le hacian, y aparecer bien digno de la buena fama que siempre habia disfrutado.

Hombre de talento admirable, habia sabido elevarse desde muy humildes principios hasta los puntos más altos del Estado.

Diputado, ministro de la Gobernacion, presidente del Consejo de ministros, embajador en Roma, presidente del Congreso de los Diputados en las últimas Córtes de la monarquía constitucional de doña Isabel II, nadie puede poner en duda—dice un su biógrafo—su patriotismo, las especiales dotes que le adornaban para el mando, así como sus rectas y puras intenciones en la gestion de la cosa pública.

Calmadas las pasiones de 1854, sus contemporáneos, amigos y enemigos, le han hecho justicia, y periódicos de todos los colores políticos, desde el republicano hasta el absolutista, han escrito sentidas frases en memoria del eminente patricio.

Protector del génio y entusiasta apasionado de la musa castellana, creó el *teatro español*, y consiguió con sus disposiciones oficiales que mejorase de un modo considerable la situacion de los autores dramáticos españoles.

El último escrito del conde de San Luis ha sido un artículo necrológico á su malogrado amigo el general Rotalde, que falleció en Madrid algunos meses há; y en aquel escrito, que vió la luz pública en el periódico *El Tiempo*, apuntaba esta lúgubre idea:—¡bien pronto, amigo, te seguiré á la tumba!

La triste frase fué borrada, á ruego de los cariñosos amigos del conde; pero á éste no le engañaron sus sombríos presentimientos.

El Sumo Pontífice le ha enviado su santa bendicion, y el gobierno ha ordenado que se tributaran los más altos honores al mortal despojo de un hombre encanecido en el servicio de la patria.

Sírvannos de ejemplo las virtudes y la inquebrantable constancia del noble conde de San Luis, y pidamos al cielo que dé paz á sus restos y consuelo á su desolada familia.—X.

SALAZAR Y MAZARREDO.

En la pág. 108 presentamos á nuestros lectores un retrato del Excmo. señor don Eusebio de Salazar y Mazarredo, ex-diputado á Córtes en diferentes legislaturas, que ha fallecido en Madrid, despues de una breve enfermedad, en el mes de Febrero último.

Hombre de una instruccion vastísima, escritor distinguido, hábil diplomático, ha desempeñado varios cargos importantes en la administracion del Estado, y su nombre hace ya largo tiempo que figura en los anales políticos contemporáneos.

Tambien irá unido perdurablemente á la gran catástrofe de la Francia en 1870, pues todos saben que el señor Salazar y Mazarredo, amigo íntimo del malogrado general Prim, fué el misterioso agente, en la córte de Prusia, del jefe del gabinete español, á fin de llevar á cabo las negociaciones diplomáticas que precedieron á la aceptacion de la corona de Castilla por el príncipe de Hohenzollern.

Nadie ignora que los primeros despachos telegráficos que anunciaron á la Europa el feliz éxito de la secreta negociacion diplomática que acababa de realizar, en Julio último, el señor Salazar y Mazarredo, en nombre del general Prim, fueron las seguras señales de una explosion terrible de mal reprimida cólera entre las dos naciones eternamente rivales del continente europeo, Alemania y Francia—explosion cuyas consecuencias espantosas deplorará amargamente el noble y desgraciado país que ha sido víctima de catástrofes como las de Woerth, Sedan, Metz y París...

Aunque sólo fuese por esta última circunstancia, el retrato del señor Salazar y Mazarredo seria digno de figurar en el álbum artístico de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

RENDICION DE PARÍS.

Ya ha terminado la horrible tragedia que se estaba representando en Francia desde el 6 de Agosto último. Mejor dicho: no ha terminado todavía, que los alemanes ocupan aún la ciudad de Luis XIV, y la bandera prusiana ondea en los fuertes exteriores de París; la *buena ciudad* de Enrique IV.

Públicos son, que la prensa política y noticiera los ha divulgado, los sucesos que precedieron á la capitulacion de París; pero nosotros no nos creemos dispensados de hacer una breve reseña de este acontecimiento extraordinario, ya que los dibujantes de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA ofrecen en este número tres grabados que conmemoran interesantes detalles.

Los partidarios de la *Commune*, los *rojos*, hicieron una desesperada tentativa, que luego degeneró en acto ridículo, para destituir al Gobierno de la defensa nacional, apoderarse del mando, y quizá convertir la ciudad de París en teatro de deplorables y sangrientas escenas.

Era la noche del 21 de Enero,—aniversario 79.º, por cierto, del sacrificio de Luis XVI,—y algunos exaltados republicanos se dirigieron á la prision de Mazas, libertaron á los agitadores terroristas MM. Flourens, Millers y otros, y anunciaron bien claramente sus propósitos de destituir el Gobierno de 4 de Setiembre, porque habia llegado la hora—decian los alborotadores—de salvar la patria, estableciendo la *Commune*, compuesta de cincuenta individuos revestidos de facultades dictatoriales.

En la mañana del 22, desde bien temprano, empezaron á reunirse grupos en la plaza del Hôtel de Ville, y á las tres de la tarde, cuando los batallones de Guardias nacionales de Belleville y Montmartre tomaban posiciones, en actitud pacífica, en las cercanías de aquel edificio, los partidarios de la *Commune*, reunidos ya en número crecido, rompieron el fuego, é hicieron alarde de querer apoderarse del Hôtel de Ville.

Una tentativa tan desesperada como néciamente dirigida, no podia tener éxito.

Los móviles y nacionales, fieles al Gobierno, rechazaron á los osados terroristas, y éstos huyeron precedidos de sus jefes, los famosos republicanos Ledru-Rollin, Félix Pyat, Gustavo Flourens, Blanqui y otros.

Resultado: que el Gobierno de la defensa nacional, convencido de que la resistencia á *outrance*, dadas la carencia absoluta de víveres y la actitud imponente de los *rojos*, podria ser causa ó pretexto para sangrientos hechos, ofreció capitular al emperador de Alemania.

En uno de nuestros últimos números hemos recordado las conferencias que mediaron entre el conde de Bismarck y M. Julio Favre; el armisticio fué firmado, y la ciudad de París se rindió al conquistador aleman.

El telégrafo eléctrico anunció á los pocos dias á Europa y al mundo, con ese laconismo enérgico y severo que han empleado los alemanes, durante la guerra última, para comunicar las noticias más extraordinarias:

«Versalles 29.—El emperador á la emperatriz: los fuertes de París han sido ocupados hoy por nuestras tropas. En el Mont-Valerien ondea la bandera imperial.—*Guillermo.*»

¡Qué epopeya de glorias, qué drama horrible de desgracias, de catástrofes, de sangre y lágrimas, de afliccion y luto se oculta detrás de esas dos lacónicas líneas!

Tres grabados, segun hemos dicho, ofrecen á nuestros lectores curiosos detalles de aquel acontecimiento.

El de la pág. 108 representa la entrada de las tropas del príncipe Federico Guillermo, heredero de la corona imperial, en la soberbia fortaleza del Mont-Valerien; el de la pág. 116 retrata el acto de enarbolar la bandera alemana sobre la torre más elevada de la expresada fortaleza; y el tercer grabado, el de la pág. 100, recuerda la visita de inspeccion girada á los

LA GUERRA.—ANTES DEL COMBATE (cuadro episódico militar).

enormes cañones del mismo fuerte por el conde de Moltke,—el gran estratégico, el hábil general que habia combinado, en el silencio del gabinete, el admirable plan ofensivo que hemos visto desenvolver paulatinamente, mas con una precision casi matemática, desde Wissemburgo hasta Gravelotte y Sedan, desde Metz hasta la rendicion de Paris y la derrota inmensa del desgraciado general Bourbaki.

El conde de Moltke aparece en el grabado examinando detenidamente una de esas colosales piezas de artillería, cuyos proyectiles monstruosos, lanzados á una distancia de 6.000 metros, han convertido en ruinas las bellezas artísticas de Sevres, las lujosas mansiones de Saint-Cloud, las históricas salas del palacio de la Malmaison.

El telégrafo acaba de comunicarnos que la paz está firmada, y el Parlamento francés, en nombre de la patria de Cárlo-Magno y de Felipe Augusto, de Luis XIV... acepta con resignacion las duras condiciones que el afortunado vencedor le ha impuesto.

Regocijémonos, que la paz es la dicha de los pueblos, y hagamos fervientes votos porque sea duradera.

BURDEOS.

Bordeaux, como llaman los franceses esta bella y populosa ciudad, es capital del departamento de la Gironda, y está situada pintorescamente á orillas del Garona, uno de los rios más caudalosos de la Francia.

¿Quién es el español, medianamente ilustrado, que no conoce á Burdeos, la patria de Clemente V, el papa frances que trasladó á Avignon la Sede pontificia; del Príncipe Negro, cuyas increibles hazañas refirieron los trovadores de la Edad Media; de Cárlos Vernet, el gran pintor de batallas; de tantos otros hombres ilustres en las ciencias, en las letras y en las artes?

Su magnífico puerto ha contribuido en gran manera al desarrollo mercantil é industrial de la capital de la Gironde; y esta ciudad, en el centro de una comarca fértil y productiva, enlazada por ferro-carril con todos los puntos más importantes de la Francia, es hoy dia una de las más ricas de la nacion vecina.

En Burdeos hay dos ciudades: la vieja y la nueva; triste aquella, de estrechas y torcidas calles, en las cuales, sin embargo, se encuentran algunos monumentos inapreciables artísticos e históricos; risueña, elegante, riquísima y bella la moderna, construida sobre las orillas del rio, en un vasto panorama de más de una legua de desarrollo, y cuyos centros más frecuentados son la plaza Real, la calle de Chapeau-Rouge, el *cours* de la Intendencia, y otros puntos.

Hay magníficos edificios: la grandiosa catedral gótica, cuya fachada principal parece á primera vista una copia medianamente exacta de la suntuosa basílica de Búrgos; la iglesia de San Miguel, célebre por sus momias; el palacio del Tribunal, la Bolsa, la Aduana, las fuentes de Saint-Proget, y una multitud de construcciones bellísimas, cuya enumeracion seria enojosa.

En el Gran Teatro, uno de los mejores del mundo, se halla hoy reunida la Asamblea francesa, que ha de ocuparse, al decir de los hombres políticos, de arreglar definitivamente las condiciones de la paz con el imperio de Alemania, y de crear un gobierno fuerte y patriótico, que se dedique asiduamente á curar las heridas, que áun manan sangre, de la noble nacion francesa.

Por eso creemos que nuestros lectores verán con gusto el lindo grabado de la pág. 109, que representa una vista de la famosa capital que á grandes rasgos acabamos de describir.

ANTES DEL COMBATE.

El grabado que ofrecemos á nuestros suscritores en las págs. 112 y 113 describe perfectamente un episodio de la vida militar: el soldado contempla tranquilo el peligro que se acerca por momentos, el instante supremo de derramar su sangre en defensa de la patria.

Hijo agradecido de ésta, no duda en rendirle el tributo de su vida, si menester fuera, y nunca más lo es que cuando peligra la independencia de nuestro patrio hogar.

Si el corazon en estos críticos momentos late con violencia; si por las tostadas mejillas del soldado se vé surcar una lágrima ardiente; si se refleja en su rostro el dolor de que se halla poseida su alma, no es porque tiemble ante el peligro, no es porque sea avaro de una existencia que para sí desprecia: es porque recuerda el último abrazo de su esposa, los halagos de sus tiernos hijos, el beso de su madre, la bendicion de su padre... ¿Cómo, sin dolor en el alma, recordar séres tan queridos?

Cuadros desconsoladores que con tanta frecuencia habrá presenciado la nacion vecina, desde que dió principio esa lucha gigantesca que ha llenado de espanto al mundo civilizado.

Los hijos de la Francia han visto recorrer victoriosas, desde Saarbruck hasta las murallas de Paris, á las tropas del emperador de Alemania; han visto destruidos sus ejércitos, derribado el Imperio, cubiertos los campos de cadáveres y los hospitales de heridos.

No por eso ha decaido el espíritu de los franceses combatientes; ántes por el contrario, estas derrotas han avivado el fuego patrio que ardia en sus corazones, haciéndoles concebir esperanzas de imposible realizacion.

Dios se ha apiadado de la Francia, y hoy es un hecho, felizmente, que las dos potencias que por espacio de ocho meses han hecho derramar con tanta abundancia la sangre de sus hijos en ese terrible duelo, se han dado el abrazo conciliador, principio—debemos creerlo—de una paz duradera y bienhechora, que vivamente deseamos.

CRÍTICA LITERARIA.

BRETON DE LOS HERREROS.

CONCLUSION.

Muy pronto, aunque esto llevara el carácter de gratuito, le dió la Academia española plaza de honorario en 1837, de supernumerario en 1839, de numerario en 1840 en la silla que fundó Ferreras y ocupó despues Melendez, y finalmente de secretario perpétuo en 1853, empleo que ocuparon ántes Martinez de la Rosa y Gállego (los dos en competencia con Quintana), y en el cual Breton todavía persevera: por aquel mismo tiempo de 1837 entró de secretario en la Biblioteca nacional, alcanzando la direccion de tan importante establecimiento en 1848 cuando dejó de ser administrador de la Imprenta nacional y director de la *Gaceta*, hasta que en 1855 le sucedió don Agustin Duran, el diligente y amoroso colector de *El Romancero*. Todo esto hizo, amen de cumplir diferentes encargos literarios de carácter público que tal cual vez recibió, como lo fué, entre otros, en 1847, el de formar tribunal para las oposiciones á las cátedras de literatura recien fundadas, en cuya interesante magistratura desplegó lo que nunca le ha faltado, un juicio ingenioso y firme y un tierno cariño, casi una admiracion paternal, hácia los estudios literarios y hácia los jóvenes que en aquella ya remota época nos presentamos al certámen.

Estas ocupaciones oficiales no le impidieron continuar en las suyas favoritas, como lo demuestra la estadística de sus piezas dramáticas que atrás dejamos hecha; y solamente la ingratitud de los trabajos á que le ató la Imprenta nacional pudo imponer algun silencio á su musa bachillera, como él mismo lo consigna en su epístola al marqués de Molins escrita en 1845, en que dice:

> Apenas si figuro en el registro
> del Parnaso español, mi amor y el tuyo,
> desde que *gaceteo* y *administro*.

Esta cita, y este empleo administrativo á que la cita se refiere, nos impulsan á decir que con la política militante anduvo enlazada la suerte de Breton, aunque más no debiera. Y hay que añadir que anduvo enlazada de un modo contrapuesto; pues en los principios de su carrera le cortó los vuelos el absolutismo, obligándole á zurcir traducciones ó á cobrar por otras, como *A Madrid me vuelvo*, la reducida cantidad de 1.300 reales, mientras le acogió por suyo la libertad retribuyéndole como su servidor y ahijándole como su adicto; y en cambio, y á partir desde la bifurcacion que dividió á los liberales, no bien terminada la guerra, señaláronse ambas parcialidades, la menos liberal en levantar á *Breton*, y la más liberal en abatirle. Claro es que, áun cuando en ésta hayamos nosotros siempre militado, reprobamos en esto su mal gusto, ya porque hombres como Breton están por la índole de su mérito más altos que los partidos, y así los considera el público cuando los aplaude sin preguntarles su filiacion política, ya porque la de Breton era liberal y documentada muy en regla. Él, en efecto, empezó su carrera con arranques de ardoroso patriota, consignó muy explícitamente sus opiniones liberales en su décimasexta letrilla satírica titulada *¡Jamás!*, salpicó de alusiones en el mismo sentido sus comedias, demostró no haber perdido su nativo liberalismo en la *Descerguenza*, mantuvo los mejores recuerdos de la época en que sirvió á las más avanzadas situaciones, tomó partido (hasta donde allí cabe) entre los que en la Academia española sostuvieron siempre las ideas de libertad, y ha merecido, en fin, de uno de los más insignes representantes de este principio (aludimos al señor don Salustiano de Olózaga) la honra de que sobre la casa en que nació se haya fijado una lápida conmemoratoria, leyéndose para solemnizar el suceso algunas poesías, todo lo cual acopiamos nosotros para La Ilustracion Española y Americana, en donde no han tenido cabida por habérsele anticipado con sorpresa de nuestra parte otra revista.

Y sin embargo de todo esto, aunque anteriormente á mucho de esto, el autor hubo de sufrir en 1840 un inaudito asalto con motivo de la representacion de la *Ponchada*, en donde su natural inclinacion satírica le habia conducido á caricaturar un tanto á la Milicia nacional, á quien el atropellado autor podia haber dicho, si tuviera un poco de libertad, aquello que cuenta Larra: «Yo soy quien lo digo y usted es quien lo prueba.» Y citamos este hecho, aunque el autor ha sido tan prudente, que ni siquiera ha reproducido aquella obra en su coleccion de 1850, porque no paró ahí, sino que perdió además su destino de segundo bibliotecario, si bien esta cesantía puso en mayor actividad su ingenio, del cual brotaron nuevas y preciadas obras, perfectamente recibidas en el teatro, salva la de *Dios los cria y ellos se juntan*, que en Madrid fracasó, pero levantándose en provincias, tribunal de apelacion, como su autor llamóle.

Aun no fueron aquél y éste los únicos percances de su vida literaria, pues tambien le acarreó algun disgusto su bella sátira contra el *furor filarmónico* (que tan maltrechos dejaba á los teatros de verso), y á eso hubo de deberse su partida para Sevilla, en donde algunas comedias suyas de tiempo en tiempo se estrenaron; y á esos contratiempos pudieran todavía agregarse los juicios poco benévolos que se hicieron alguna vez de sus comedias, sin que de ellos se eximiera ni áun la de *¿Quién es ella?*, si bien hubo una defensa hábil y valiente de pluma acreditada.

Ya no descenderemos á pormenores biográficos de menor interés; ni trazaremos la etopeya de Breton, en cuyas costumbres no podríamos señalar los toques de movilidad aventurera que en Espronceda ó Zorrilla; ni repetimos lo que ya está escrito sobre sus desavenencias y conmovedora reconciliacion con Larra; ni citaremos, aunque se nos pasan de ello buenas ganas, el agudísimo epigrama que se le atribuye relativo á cierto *médico poeta*, que, por serlo, es seguro que no lo tomaria á mala parte; ni contaremos cómo otro poeta de los de á la última pregunta le escamoteó un napoleon en la noche célebre de la *Ponchada;* ni describiremos su posicion angustiosa que él describe cuando desde un palco y á la faz de todo el público hubo de presenciar, con la impavidez de un actor consumado, el estreno de *¿Quién es ella?*; ni pintaremos su puntualidad suiza en el desempeño de sus cargos públicos y su bonhomía de conducta, en contraste con su maliciosa socarronería teatral. De todo esto hay que hacer gracia para terminar este artículo con el juicio literario que las obras de Breton nos merecen, en cuya última parte, si tal vez la de más interés, ya no podremos ser proporcionalmente tan extensos para evitar á este trabajo una prolijidad desmesurada.

III.

La comedia siempre ha solido mantenerse en una region equidistante de los extremos sociales; ni podia, por miedo, corregir los vicios de los grandes personajes; ni queria, por desden, pintar las costumbres del pueblo bajo. Se entiende que esta reflexion se contrae á lo que llamamos *buena comedia* ó alta comedia, pues claro es que en los orígenes, y cuando se hallaba en estado de *farsa* ó juego de escarnio, hacia reir á la plebe con la pintura de la plebe. Y era tanta la compenetracion que entre sí tenian la clase media y la comedia, que ni Lope y sucesores dieron otro nombre que este á la multitud de sus semejantes obras, sólo porque en ellas (aparte de otras razones de pura forma) figuraban los caballeros, ni cuando se inventó la

tragedia popular pudo despegarse de aquel nombre el nuevo género, adoptando la denominacion híbrida de tragicomedia; de suerte que, aunque el cielo se nos viniera encima, bien podia aplastarnos á todos; pero esta catástrofe no daria asunto para más que una comedia sentimental, llorona ó terrorífica. Han cambiado despues las cosas; pero esto ha sido ayer, y por consiguiente despues que empezó su carrera dramática Breton de los Herreros, pues hasta entónces, si no faltaban al teatro ascendientes legítimamente románticos y revolucionarios, el cánon clásico todavia estaba vigente en España y sus dominios. ¡Y qué tal seria en general (dicho sea por via de digresion) ese inflexible cánon, lo prueba el mismo Breton, que nunca pecó de encogido ni pazguato, y que sin embargo tardó muy buenos años en atreverse ¡á qué, santos cielos! á escribir en rimas y en variedad de metros la *Marcela!*

Esto que hemos dicho de la esfera en que la comedia tiene que desenvolverse ha de enlazarse ahora con otra idea, y es la de que, por razon de cambios sociales y políticos bien conocidos de todos, la clase media ha ensanchado sus fronteras para recibir dentro de sí un número inmenso de tipos, caractéres y personas pertenecientes á sus confines clases alta y baja; ó mejor dicho, la aristocracia ha venido á democratizarse con la pérdida de sus privilegios, y la democracia á aristocratizarse con la adquisicion de sus derechos de ciudadanía, viniendo á afluir á la clase media toda la nobleza que habia de vivir á la moderna, y todos los que del estado llano podian elevarse por su valor ó por su mérito á esa gran clase móvil, inventora, industriosa, activa, inteligente y directriz de todo movimiento.

Esa es la clase, más variada hoy que nunca, cuyos retratos habia de emprender el poeta cómico de nuestros dias; esa es la que pintó Breton de los Herreros. El comerciante, el abogado, el político, el militar, el ricacho, el proyectista, el ambicioso, el periodista, el guardia nacional, el hombre de negocios, todos pasan por delante de la cámara oscura para grabarse en la negativa con exactitud fotográfica; y al par desfilan los caractéres eternos del confiado, el celoso, el bonachon, el negligente, el ingénuo, el cazurro, el tierno amante, el pretendiente averiado, y otros, y otros; y en torno suyo un enjambre de menudos caractéres, profundamente cincelados y capaces de constituirse en centros de otros tantos cuadros cómicos. La firmeza de pulso con que están delineados estos caractéres no deja apenas que desear, y aunque por la exhuberancia de dotes sátiricas se resbale tal cual vez el autor hácia la caricatura, no por eso pierden en realidad lo que ganan en movimiento y relieve sus retratos.

De éstos merecen traerse á párrafo aparte los de mujer, que en pintura plástica pasan por más difíciles, y en poesía cómica son muy importantes. Aquí Breton ha tenido más de un recio impugnador, en términos de haberle reducido á defenderse en el prólogo general de sus comedias; pero esa defensa se ha contraido al solo cargo de presentar en el teatro como tipo favorito y resabiado el de la vieja, á lo cual ha repuesto Breton que todos esos caractéres eran entre sí disímiles, y que á toda esa respetable clase habia desagraviado de una vez para siempre en su comedia titulada *¡Una vieja!*

Más ofendida se mostró la crítica respecto de las jóvenes, á quienes supone maltratadas por Breton, pues entre ellas las hay casquivanas, coquetas, falsas, frías, incitantes, hipócritas é interesadas; y este capítulo de culpas no viene por cierto de mano enemiga, pues lo articula Ferrer del Rio, bien conocido de todo el mundo por su ajustada conciencia histórica y literaria, fuera de que ya Larra habia apuntado algo de esto al asentar, con la sagaz penetracion que le distinguió, la idea de que no se compadecia con nuestra época el soberbio despotismo de una dama por sus amantes requerida, y que, si esto era ya bastante impropio en la *Marcela*, en que ella es quien licencia á sus tres galanes, lo era mucho más en *Un tercero en discordia*, en donde éste es el encargado de suministrar las calabazas. No queremos tomar la defensa de todo esto, pues no la ha tomado cuando á su sabor podia el mismo autor; pero sí diremos tres cosas: la primera, que la comedia no ha nacido para pintar idealismos ni sensiblerías, y esto lo ha percibido por instinto el público, así masculino como femenino, el cual nunca ha protestado contra esos tipos, ni ménos los ha condenado de inverosimilitud; segunda, que nuestro gran teatro, sin ser por su naturaleza cómico ni por consiguiente censor, léjos de ofrecernos matronas austeras ó cándidas amantes, las hizo atrevidas, coquetas, sensuales, artificiosas y de mundo; tercera, que si hubiera en esto culpa lo seria del género y no de ningun sistema voluntario y preconcebido del poeta, el cual no tenia para qué dar satisfaccion de ello, y la dió no obstante con insistencia muy tenaz, ya, como dice Hartzenbusch, escribiendo para ellas *¿Quién es ello?*, ya dedicando á esto el canto II de la *Desvergüenza:*

«Y pues ya el pabellon de la mujer
He defendido y puesto en su lugar;
Y añadiré si fuere menester,
Que cada hembra es digna de un altar;
Rezando por mi parte el *pater mi*, etc.»

ya, rebelde casi á la tradicion de los satíricos, consignando una de sus sátiras á ridiculizar á los hombres y defender á las mujeres, en tal cual pasaje, hasta la parcialidad inclusive.

Dando ya de mano á ese punto, pasemos á la accion de sus comedias. Es en general sencilla, y el argumento al parecer insuficiente y por lo mismo algunas veces desleido; pero esto no empece á la obra dramática, si en primer lugar el enredo es proporcionado al argumento, y si en segundo los caractéres salen á primer término, pues sabido es que hay comedias esencialmente de intriga como las del teatro de Lope, y otras de carácter en que el enredo se aclara y casi se desvanece, como se ve, por ejemplo, en *El desden con el desden*; y áun cuando las comedias de Breton no son precisamente de carácter, sino de costumbres, el propósito didáctico es en ellas visible y predominante, y sus factores son los caractéres. Á esto hay que añadir todavía otra razon, eminentemente filosófica y práctica á un tiempo mismo, y es la de la personalidad y libertad del artista, condiciones subjetivas inseparables del arte. Si éste con elementos simplicísimos tiene en sí la bastante virtud fecundante para difundirlos (*difusarlos* expresaria mejor nuestro concepto), para sacarles todo su contenido, para crear situaciones, para desarrollar tipos, para producir enseñanzas, para despertar ideas morales y para excitar el placer alegre ó serio que nace de la belleza, ¿á qué exigirle sorpresas melodramáticas ó complicaciones de argumento, más abonadas para empeñar la curiosidad que el interés, y la sensacion que el sentimiento?

Ménos atencion merecen otros cargos, entre ellos el de repetirse en varias comedias el cuadro de una dama solicitada de tres galanes, pecado que confiesa su autor, aunque le califica de venial. Ya de él se ocupó Larra, pero con la elevacion de criterio que no le abandonaba nunca; decia que con la materia cómica de que un autor mediocre no hubiera podido hacer una obra regular, Breton habia sabido hacer tres buenas comedias; y nosotros añadiremos que el teatro antiguo español, á donde, irregular y todo, habrá que acudir siempre en España para decir lo que es bueno y malo escénicamente hablando, repetia constantemente las mismas tramas, los mismos recursos y los mismos argumentos para marchar por los mismos caminos á los mismos desenlaces.

De éstos tambien se ha dicho que eran casi siempre iguales, y además previstos, en las comedias de Breton. Sentimos, respecto de la primera parte, que el autor se haya creido en la necesidad de dar una leccion poética acerca de las cinco únicas especies de desenlaces conocidos, que la antigüedad todavia redujo á dos solas maneras, pues la censura no valia la pena de discutirse; y, respecto de la segunda parte, nosotros, en efecto, desearíamos que al desenlace se caminara por más ocultas sendas en beneficio del interés dramático; pero tambien se nos alcanza que en el autor que produce mucho, en el que procede con un sistema propio y fuertemente acentuado, es fuerza que todo se trasparente, la intencion y los recursos, los medios y los fines; sobre que en el teatro son todo convenciones, y el espectador que sabe, por ejemplo, todos los desenlaces históricos, se adelanta hácia ellos con la ilusion misma con que pudiera marchar hácia lo desconocido.

La risa de Breton es franca, sus gracias resueltas, su humor un tanto marcial, su carácter muy entero: de ahí cierta acritud en el chiste, y áun tal vez cierta licencia. Hay, en efecto, algunos personajes demasiado bruscos, aunque siempre colocados en segundo término; algunas situaciones acaso crudas; algunas frases no bien sonantes, á las cuales quizá le ha precipitado el consonante; algunos verdores que recuerdan la libertad antigua. No somos ni en esto, ni en nada, mogigatos; pero, tolerantes con todo sistema filosófico, científico ó literario, somos razonablemente exigentes, y por ventura con exceso duros en ciertos puntos, y principalmente en los que tocan al decoro. Ámplia es la órbita en que dejamos girar al ingenio, casi ilimitados los medios que le consentimos, con tal de obtener de su númen la belleza; pero tenemos una propension como innata á la elegancia y el buen tono, y una repulsion como instintiva á la plebeyez y la licencia: si pecamos un poco en esto, es por lo dengosos y atildados; y si esto es así, y no nos engañamos, respecto de nuestra propia índole, estamos en buen pié para juzgar á Breton como imparciales. De ninguna manera lo han sido los que, como Piferrer (cuya fama de crítico fué inapelable en Barcelona), han deprimido á Breton de un modo resuelto, absoluto y como de caso pensado: en los artículos de aquél, que coleccionados tenemos á la vista, si se habla de *Dios los cria*, se dice que tiene poca accion; si de *Un novio á pedir de boca*, que la accion es pobre é inmoral; si de *Flaquezas ministeriales*, que es un complicado cuadro de género, inmoral en su conjunto y falto de protagonista; si de *Lo vivo y lo pintado*, que comedia de Breton, y accion bien llevada, son dos cosas incompatibles. No se puede hablar así de quien tan grandes prendas reune, de quien se ostenta grande áun en sus faltas, y de quien no las comete con esta supuesta frecuencia, ni ménos por un vicio orgánico de su constitucion dramática.

Lo que sí hay es ciertos caractéres secundarios imposibles, como el militarote que desafia al marido en *Ella es él*; ciertos otros peligrosos como la litigante de *El abogado de pobres*, papel en lo demás interesante y chistosísimo; y ciertas locuciones que, sin llegar á las de Tirso de Molina, ofenden algun tanto á los oidos castos de nuestra mucho más pudibunda sociedad (1). Esto último, y algunos modismos familiares, es lo que nos parece que quiso disculpar Hartzenbuch cuando dijo que «el lenguaje es sencillo y enérgico, en vez de ser afectado y *asustadizo*,» y en efecto, hay una virilidad y una desaprension tan grande en su lenguaje, que á veces degenera en desgarro; y otras, como sucede en el terceto veintinueve de su sátira contra los hombres, no puede leerse sin asombro.

Pero en cambio de esto, ¡qué correccion, qué limpieza, qué jugo, qué energía, qué trabazon en la frase! ¡Qué fácil empleo de todo lo que la elocuencia, el ingenio, la erudicion y la filología pueden prestar al escritor! No hay poeta que tan oportunamente como él haya empleado las voces más nobles, las más eufónicas, las más apropiadas: no hay clásico que tan vasto y acertado uso haya hecho de la mitología, la geografía y la tecnología: no hay quien haya llevado con más naturalidad y ménos violencia las locuciones latinas al idioma y al verso español: no hay rimador alguno á quien la rima haya inspirado más ideas y haya esclavizado ménos. En algunas, en muchas ocasiones, la frase parece tallada en bronce y hecha á un solo golpe: nada huelga y nada falta, y todo está bien dicho y altamente: entre innúmeros ejemplos de esto, ahí van éstos al acaso:

Como el soldado de índole benigna
Fulmina ardiente bala matadora,
Obediente á la bárbara consigna
. . . . . .
Hasta un pinche, que en docta pepitoria,
Perdices y besugos condimenta,
De sabio alcanza ya la ejecutoria
. . . . . .
Pero dista á lo ménos media legua,
Y pasarla pedestre es necesario,
O al duro trote de alquilada yegua
. . . . . .
¿Pues no ves amanuense del demonio, (*el Anónimo*)
Que ó da golpe cruel o golpe en vago
Quien se mete á infernar un matrimonio?
. . . . . .
Que don Blas, el anticuario,
Dado á sucias baratijas,
Deje sin pan á sus hijas
Por hacer un monetario,
Y al de su mujer, que es guapa,
Prefiera el gesto de Donoso
O el reverso de algun Papa,
Es otro abuso:

y adviértase que estos versos están tomados de una sola fuente, la de las sátiras; que si hubiéramos de penetrar en el frondoso país de las comedias y en el magistral poema de la *Desvergüenza*, no habria por donde empezar ni en donde concluir, ni como dejar satisfecho al lector con la eleccion: pues él mismo, con lo que á la buena memoria recordase, hallaria trozos y chistes mejores: tal y tan estraordinaria es por todas partes la abundancia.

Concluyamos: Breton que, como Lope, copleaba desde niño, dió como él al teatro un drama nuevo, segun la frase de Hartzenbuch; admirador entusiasta de Moratin, fué más que él fecundo y más que él original y personal; infatigable y robusto en el trabajo, ha mantenido su espíritu en una perpétua primavera, y por espacio de más de cuarenta años ha alimentado la escena con siempre vivaces producc-

(1) El mismo Breton dice en la *Desvergüenza*, canto IV:

Y hasta el vicio, si bien no ménos grave,
Es ya más decentito, en lo que cabe.

LA GUERRA.—LOS PRUSIANOS ENARBOLAN EL ESTANDARTE ALEMAN EN LA TORRE DEL MONT-VALERIEN

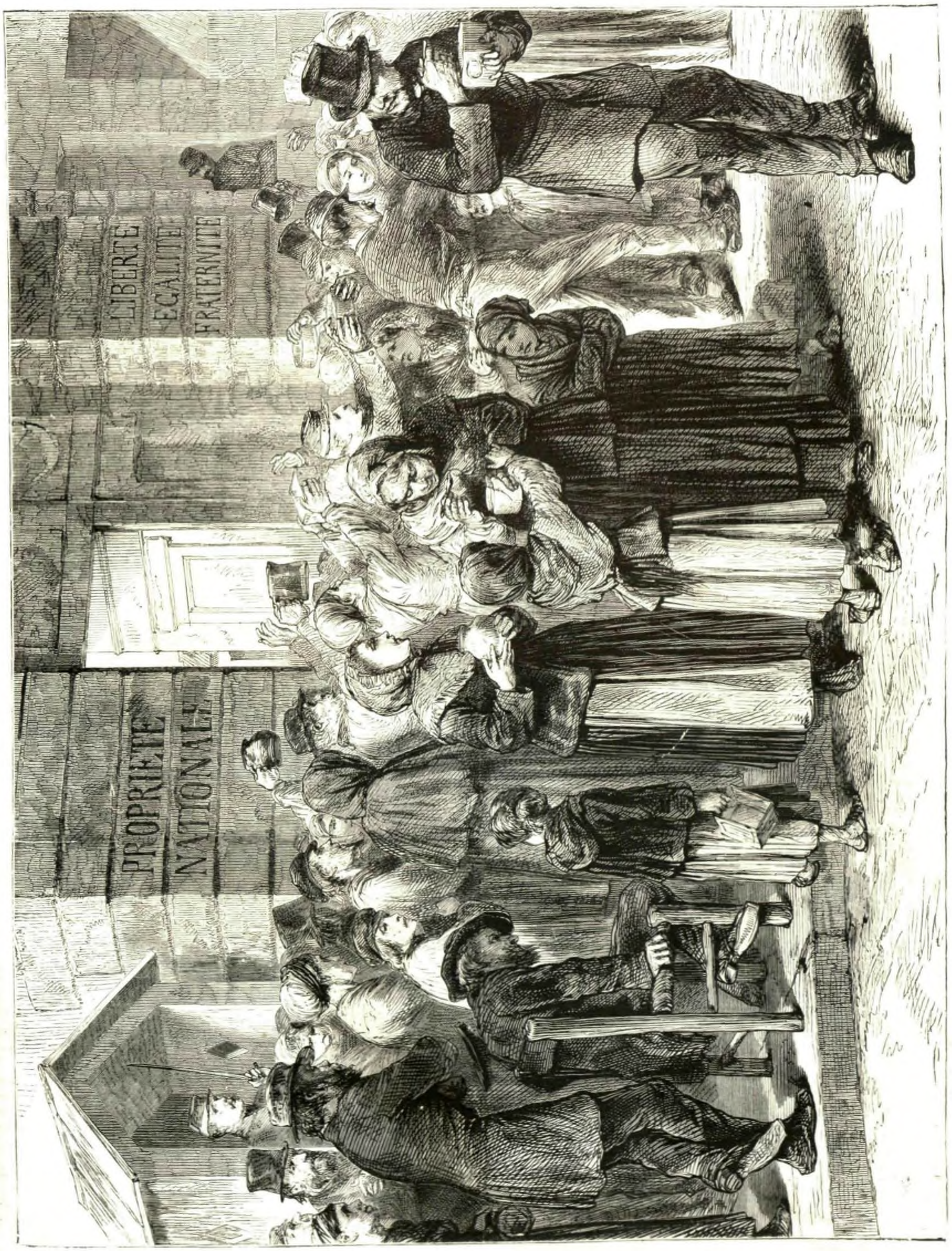
ciones, no siendo inferior á la mejor escena de *Á Madrid me vuelen*, escrita en 1828, la bella exposicion y el aún más bello diálogo entre el mayordomo y su mujer en la *Hipocresía del vicio*, representada á los treinta años: popular más que ninguno, y popular sin el amparo de las circunstancias, sus obras se oyen todavía en la escena con mucho gusto y se leen con mucho más, de suerte que en las bibliotecas públicas tienen que adquirirse dobles colecciones, y no hay un solo dia en que no se distribuyan sus diversos tomos á otros tantos ávidos lectores; Proteo de la poesía, con igual facilidad y felicidad saluda á una reina en nombre de Aragon, como dirige un cumplido á una poetisa, como satiriza á lo Juvenal los vicios sociales, como enamora á lo Melendez, como nos pinta la vida del hombre en unos romances que son, especialmente el primero, asombro de exactitud y verdad; y nada diremos, en fin, como autor cómico del que tanta flexibilidad y profundidad ha demostrado en tan desemejantes comedias como *Marcela*, *Muérete y verás*, *La Batelera de Pasajes*, *El cuarto de hora*, *Una vieja*, *Dios los cria y ellos se juntan*, *El pelo de la dehesa*, *¡Quién es ella!* y *El abogado de pobres*, del que nos ha presentado de bulto todo nuestro mundo nuevo en múltiple y admirable cosmorama.

JERÓNIMO BORAO.

EL HAMBRE EN PARÍS.

Hemos pensado várias veces en que si algun malicioso hubiese dicho á los franceses hácia la mitad de Julio de 1870 que la ciudad de París, la silbarita, la de las grandes orgías y bacanales ruidosas, la ciudad del despilfarro y de la crápula, habia de ser en breve sitiada por las tropas alemanas, y tener hambre, y comer sus habitantes, á guisa de regalo exquisito, chuletas de perro y solomillo de burro, y hasta ratas en pepitoria,—el tal malicioso habria pagado bastante cara su *adivinacion* fatídica, ó se le habrian reido en sus barbas los asiduos parroquianos de los Provenzales y de Tortoni, de Vachette y de Siraudin.

Pero llegó el dia de la gran iniquidad—como ha dicho Victor Hugo—y los caballeros hulanos, que pasarán en Francia á la posteridad con el carácter de héroes legendarios, aparecieron en los alrededores de Versalles y de Sceaux, de Bondy y de Epinay, y en ancho cinturon de hierro, de cañones Krupp y fusiles



LA GUERRA.—REPARTO DE LA SOPA ECONÓMICA Á LOS POBRES DEL *Faubourg-Poissonière*, EN PARÍS.

de aguja, fué ceñida por el implacable Moltke la gran capital del género humano,—segun Victor Hugo,—la ciudad de las grandes iniquidades, al decir de M. Veuillot, el célebre publicista ultramontano.

Ello es que los parisienses cayeron súbitamente en una *cucerrona* mayúscula; y si las palomas mensajeras llevaban á la ciudad sitiada noticias de los departamentos, no podian las débiles avecillas trasportar á los futuros hambrientos los graneros de la Turena, ni las bodegas de la Gironda, ni las carnes sabrosas de la Bretaña,—ni siquiera ¡oh desgracia! las trufas de Perigord.

Y la cosa apremiaba.

Una carta de Paris, escrita el 7 de Enero, decia así:

«Hasta en los *restaurants* más acreditados no abunda la carne de vaca, y la de carnero, Dios la dé.

Vachette, uno de los más hábiles fondistas, ha inventado un plato artificial que lo sirve al excesivo precio de 40 francos la racion: lo titula *viande de la guerre*, y es el manjar favorito de la gente de dinero. Sirandin, el elegante confitero de la *rue de la Paix*, ha vendido para los *étrennes* unos exquisitos bombones, azucarados con el pétalo del clavel...»

Segun se ve, Paris era feliz todavía el 7 de Enero: tenia *viande de la guerra* y bombones de Sirandin, y hasta oia tronar los cañones alemanes y estallar las bombas en la Villette y Belleville.

Verdad es que al mismo tiempo una concurrencia inmensa asistia en el teatro Francés á la representacion de la *Batalla de damas*...

El 10 de Enero, la decoracion habia sufrido un cambio lastimoso.

«Pocos son ya—decia un corresponsal—los establecimientos que poseen artículos de mediano regalo. La carne de elefante es muy codiciada, y los dos que habia en el Jardin de Aclimatacion, Cástor y Pólux, han sido comprados por el dueño de la carnicería inglesa, M. Deboss.

Tambien han tenido aceptacion los pasteles de ratones, la culebra *á la tartare*, y el papagayo *á la naranja*...»

Todavia más.

El 16 decia otro parisiense:

«Los víveres escasean hasta el punto de que, no sólo se ha concluido con todos los animales domésticos, perros y gatos, ratas y ratones, y con todos los del Jardin de Aclimatacion, desde el elefante hasta la ardilla, sino que se ha recurrido á los *bicharracos* mas repugnantes y asquerosos, los cuales son vendidos á muy altos precios.»

Pues más aún.

El 20 escribia otro corresponsal:

«Para describir el aspecto que hoy presenta Paris, se necesitaria una pluma sobrehumana, porque es casi imposible pintar una ciudad sitiada y dividida al mismo tiempo en dos bandos: uno de séres hambrientos, y otro de avaros.

Para la clase pobre y para la *bourgeoisie* de última línea, la gran mayoria de Paris, es una puñalada en el alma la voz del tendero que grita de dia en dia, de hora en hora, al fijar el precio de los artículos más necesarios:—¡Un sueldo más! ¡cinco sueldos más!...»

En resúmen: las gentes de dinero mal; la clase media, peor, cien veces peor; los pobres...

¡Ah! Los pobres habrian perecido á millares en los últimos dias del sitio, si la caridad no les hubiese socorrido generosamente.

La gran lámina de la pág. 117 representa el acto de distribuir una sopa económica, en la *mairia* del Faubourg Poissonnière, á los pobres de solemnidad del distrito—huérfanos, viudas, cesantes, jubilados, hasta impedidos...

Lo mismo que en esta mairia, se ha hecho en otras, y los grandes capitalistas y personas pudientes han sacrificado cantidades de alguna consideracion para proporcionar la sopa económica á los pobres.

Tambien ahora la decoracion ha cambiado.

Bélgica, Holanda, Inglaterra y Suiza, hasta Alemania, han remitido á la ciudad hambrienta numerosos trenes atestados de víveres, y...

Paris, por aquello de genio y figura..., volverá á ser la Sibaris moderna, la ciudad de las orgias, de la crápula, de la disipacion.

¿Quién lo duda?—X.

ÁLBUM POÉTICO.

Á EUGENIO.

RECUERDOS.

Cinco meses há, hijo mio,
que no te besan mis labios,
que no oigo tu voz querida,
que no te estrecho en mis brazos.
Cinco meses que no gozo
de tus caricias y halagos,
de tu sonrisa de ángel
y de tus puros encantos.
Cinco meses que no escucho
ese nombre dulce y santo
con que llamarme supiste
ántes de cumplir un año.
Por mi enemiga fortuna
un dia triste y aciago,
dejé la bella *Borinquen*
por el temible Oceano.
Me separé de tu madre,
hecho el corazon pedazos,
te oprimí contra mi seno,
besé en la frente á tu hermano,
y conteniendo las lágrimas
que brotaban de mis párpados,
salté al bote, cuyos remos
del muelle ¡ay, Dios! me arrancaron.
Media hora despues retumba
inclemente cañonazo,
su cabellera de humo
el *Tine* (1) tiende al espacio,
empieza á girar el hélice,
y vira en redondo el barco.
Yo inmóvil sobre cubierta
en tierra los ojos clavo,
buscando el balcon querido
donde estais por mí llorando,
y por la boca del *Morro*
sale el vapor, y aún mi mano
diciéndoos «¡Adios!» á todos,
agita un pañuelo blanco.
A poco el sol tristemente
sepúltase en el ocaso,
y la *Sierra de Luquillo*
cubre de la noche el manto.
¡Qué recuerdos, hijo mio!
¡Qué recuerdos tan amargos!
¡Dichoso tú, que aquel dia
de seguro has olvidado!
La infancia es esquife de oro,
que no deja tras sí rastro,
bello rosal sin espinas,
cielo sin nubes ni rayos.
Pero el hombre sólo vive,
lo presente desdeñando,
entre nieblas de esperanzas
ó recuerdos del pasado.
Por eso yo en mi tristeza
cruzo en sueños el Atlántico,
y te veo, Eugenio mio,
y te acaricio y te hablo.
¿Te acuerdas cuando al brillar
del sol los primeros rayos,
te acercabas á mi lecho
y, cruzaditos los brazos,
la bendicion me pedias
mil besos dándome en cambio?
Pues si tú no lo recuerdas,
porque eres tan niño, acaso,
bien sabe Dios que tu padre
no podrá nunca olvidarlo!

Madrid 11 de Enero de 1871.

E. SANCHEZ DE FUENTES.

(1) Nombre del vapor inglés mercantil que me condujo á la isla de San Thomas.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(*Continuacion.*)

XXX.

EN QUE EMPIEZA Á MANIFESTARSE LA MANO DE LA PROVIDENCIA.

Aunque la no conformidad entre la sentencia del inferior y la de la Sala, permitia una apelacion, ni el ministro fiscal apeló, ni apeló Estéban.

Tenia miedo.

Temia que si apelaba, la sentencia en revista confirmase la del inferior.

No se le habia dicho nada acerca de lo que se habia trabajado para establecer en los jueces la conviccion moral de que él no era el responsable del crimen de la Enramadilla.

Se temió una imprudencia suya, hija de su carácter violento; y la Sala, por su parte, ya lo hemos dicho, tomó el único partido que podia tomar en justicia en aquel proceso endiablado, en que toda la prueba indicial estaba contra Estéban, hasta el punto de producir casi una prueba plena.

Pero como una casi prueba no es una prueba, el el tribunal se escapó por la tangente.

Si no se habia podido probar de una manera clara é indudable el crimen á Estéban, Estéban no habia podido tampoco probar su inocencia.

Mediaba la vindicta pública.

Y la cadena perpétua, sentenciada con ciertas reservas, que con arreglo á derecho podian determinar en lo porvenir una revision, lo habia salvado todo.

Habiéndose notificado la sentencia á Estéban, y habiéndose éste conformado con ella, pero interviniendo una protesta que estaba en armonia con las reservas de la sentencia, dos dias despues Estéban marchó como rematado al presidio de Cartagena.

Pero no fué como van otros presidiarios; por el contrario, atendidas las recomendaciones de Enrique y de sus amigos, por la autoridad civil se permitió á Estéban hacer su viaje como otro cualquiera, en ferro-carril y diligencia.

Porque por aquellos tiempos, el ferro-carril del Mediodia no pasaba de Ocaña.

No se le pusieron ni grillos ni esposas.

Se satisficieron con que fuese en un compartimiento reservado, ya en el tren, ya en la diligencia, acompañado de dos guardias civiles encargados de su custodia.

Cuando llegó á Cartagena, se encontró con que el comandante del presidio le trató con las mayores consideraciones, y le hizo ver una real órden en que, por gracia especial, se determinaba se le rebajase, se le permitiese habitar en un aposento aparte, se le eximiese de vestir el traje de los presidiarios, no se le pusiese la cadena y viviese por su cuenta, con la sola restriccion necesaria de no salir jamás, por ninguna causa ni motivo, fuera del establecimiento penal.

Estéban no sabia á qué atribuir estos favores.

Se creia aborrecido por Elena.

Elena, es cierto, no se habia presentado como parte contra él en el proceso.

Pero esto no significaba nada para Estéban, puesto que sabia que Elena podia ser recusada.

Ella no podia probar que era hija del pobre cirujano comadron hermano de la víctima, y por consecuencia sobrina de ésta.

Hija suya, la habian creido los conocimientos de aquel buen hombre; pero faltaba completamente la prueba.

Segun Estéban, se habia tenido en cuenta esto, y sólo por ello no se habia mostrado parte civil Elena.

Pero ella no le habia escrito una sola vez durante la larga instruccion del proceso.

Nunca se le habia dicho por el Pintado ni por su mujer que Elena hubiese dado la menor muestra de interés por él; por el contrario, se le habia dejado entender, no sabemos con cuánta dañada intencion, que Elena estaba irritada contra él; que le aborrecia, y que no se contentaba con ménos que con una sentencia de muerte.

Estéban habia acabado por sentir ódio hácia Elena, en tanto que Elena agonizaba por él con ese tenaz y único amor de las mujeres de corazon.

¿Qué era lo que Elena podia reprochar á Estéban?

Su pasado libertinaje.

¿Qué mujer enamorada recuaza á un hombre, porque haya sido libertino, si ve y cree, como Elena habia visto y creido, que su amor ha sido la conversion del libertino, y si se ha visto tratada por él con respeto, con adoracion, de una manera excepcional, atendido su carácter y sus costumbres?

Cierto es que Estéban no habia escrito una sola carta á Elena para disculparse con ella, del horrendo crimen que se le imputaba.

Pero Elena interpretaba esto como un resultado nenesario de no haberle ella escrito, de no haberle mostrado de manera alguna la seguridad que tenia, mejor dicho, la fé de que él no habia cometido el crimen.

Elena, que era altiva, habia comprendido en esto un resultado de la altivez de Estéban, y si no le habia hablado, si no habia roto la primera la linea, habia sido porque humanamente no habia podido hacerlo.

Estéban habia dado grandes muestras de irascibilidad y de imprudencia.

Elena le habia creido capaz de usar de una carta favorable de ella, como de un medio de descarga.

Sujeta, pues, por la fatalidad, habia sufrido y callaba.

Su silencio habia engañado á Estéban.

Éste se habia creido aborrecido.

Se le habia dicho además que Elena amaba á otro, á Enrique.

Estéban habia maldecido á Elena.

Habia tomado la pluma para escribirla, y habia roto no sábemos cuántas cartas.

Todas le habian parecido insuficientes ó ridículas.

Se habia resuelto, en fin, á guardar un profundo silencio, un silencio de desden.

Comparaba la conducta de Elena con la de Gabriela, que él creia espontánea.

Gabriela, segun él, no habia podido resistir á la fuerza de su amor, y lo habia arrostrado todo por verle.

El Pintado habia manejado aquella intriga con una habilidad satánica.

Asi que, Estéban estaba solo en el mundo.

No podia atribuir á la influencia de Elena, de quien se creia aborrecido, y finalmente, olvidado, las grandes consideraciones que con él se tenian en el presidio de Cartagena, ni la remision anónima de algunas cantidades para que atendiese, segun se le decia en cartas, cuya letra estaba desfigurada, de una manera bastante á sus necesidades.

¿Quién podia hacer esto más que Gabriela, ó más bien el Pintado, influido, engañado por ella?

El Pintado continuaba siendo para Estéban el marido ciego y despreciable, dominado por su mujer.

El amor de Estéban, pues, hácia Gabriela, crecia de una manera imponderable.

Y sin embargo, las cantidades que recibia Estéban no provenian de Gabriela ni del Pintado, sino de Elena.

El Pintado no podia hacer nada que fuese en favor de un hombre odiado; de un hombre que se habia escapado á su venganza; de un hombre que vivia aún, y cuya inocencia, por un accidente cualquiera, podia llegar á descubrirse: aunque esto el Pintado lo creia muy difícil.

La única persona que podia haber probado su crimen, era su cómplice, esto es, don Nicolás Angulo, el Caballero, y ya hemos visto que el Pintado se habia apresurado á deshacerse de él.

El Pintado no habia podido prever que el recelo del Caballero le hubiese hecho revelar aquel secreto á la Nicolasa.

La Nicolasa, para el Pintado, no era otra cosa que un nuevo cómplice suyo, de un nuevo crimen, producto del primero.

Nicolasa seducia al Pintado, era una mujer muy á propósito para entretenerle y áun para empeñarle, y sus exigencias no eran extraordinarias.

Nicolasa era un peligro oculto para el Pintado.

Era el resorte que la Providencia guardaba en la sombra para que un dia apareciese la inocencia de Estéban.

Nicolasa habia concebido un proyecto horrible.

Seducir, embriagar, enloquecer al Pintado, é impulsarle á un nuevo crimen que le dejase libre, en la posibilidad de casarse con ella.

El Pintado era rico, y á más de esto, la Nicolasa exageraba en su imaginacion su fortuna.

Angulo, hablándole de él, le habia dicho muchas veces que el Pintado era avaro; que no perdonaba medio para acrecentar su dinero por medio de los negocios, y que debia tener acumulada una gran cantidad, una cantidad enorme, cuyo guarismo debia ser infinitamente mayor que aquel á que ascendia el valor de sus bienes visibles.

La codicia, pues, que no el amor ni el capricho, hacian que la Nicolasa se mostrase desinteresada para con el Pintado, y enamorada loca por él.

El Pintado encontraba grata á la Nicolasa, y avecindado en Madrid, aquejado por su conciencia, á causa del crimen, y por su rabia de no haber logrado su venganza asegurando con ella su secreto, se pasaba gran parte de su tiempo al lado de aquella mujer despreciable, cuya educacion, cuyo desenfado, cuyas exageradas muestras de amor le satisfacian por otra parte: porque el Pintado, á pesar de que por su nacimiento era un hombre decente, criado en un pueblo, rico y sin padres, habia contraido hábitos y gusto por lo ordinario.

Nicolasa, pues, era completamente á propósito para distraerle de sus lúgubres ideas; para aliviarle algun tanto del infierno que se revolvia en su alma.

La gran pasion, la pasion desesperada del Pintado, su vida, su alma, era Gabriela.

Pasó y pasó el tiempo.

La Nicolasa creyó oportuno ir preparando el terreno para llegar á sus fines.

Y el Pintado se alarmó muy pronto.

Comprendió al fin las intenciones de la Nicolasa, por más que ésta pretendiese ocultarlas bajo las apariencias de una pasion intransigente.

Pero solapado siempre y cauteloso, se dejó ir con la corriente, y alentó al fin á la Nicolasa, obteniendo por último la proposicion franca de deshacerse de Gabriela para poder unirse.

El Pintado tembló por su mujer, y comprendió que era necesario quitar toda esperanza á aquella bribona, mejor dicho, á aquella infame, y hacerla comprender la verdad de la situacion.

Nada estaba tan léjos del Pintado como el recelo de que Nicolasa pudiese comprometerle.

Él no podia sospechar que el Caballero se hubiese garantido contra él para contar con una venganza, si la avaricia del Pintado le hacia optar entre desunirles ó desprenderse de ocho mil duros.

El Pintado creia haber acabado á tiempo con el Caballero.

Nicolasa no tenia, pues, arma alguna contra él, puesto que no podia comprometerle por el asesinato del Caballero, sin comprometerse ella misma.

Sobrevino, pues, un rompimiento.

Nicolasa pensó por un instante en revelar al Pintado que poseia pruebas terribles contra él, por el crimen de la Enramadilla; pero se aterró.

El que habia tenido la horrible sangre fria de inmolar á Angulo para su seguridad, podia encontrar medios para inmolarla á ella.

Apeló, pues, al recurso de una mujer desesperada por el amor, y procuró por cuantos medios le surgió su experiencia, atraer al Pintado.

Pero no le atrajo.

El Pintado rompió definitivamente con ella.

Entónces, Nicolasa meditó: recordó que hablando con ella, como de un asunto del dominio general del crimen de la Enramadilla, y como vecino del pueblo, cerca del cual habia tenido lugar el crimen, la habia hablado de los amores de Estéban con una jóven que pasaba por sobrina de la vieja asesinada.

La Nicolasa habia encontrado, por instinto, un no sé qué de extraño en aquello: habia notado en el Pintado cuando le hablaba de esto, un no sé qué de interés íntimo, como de recelo referente á Elena.

Ahora bien; aquella Elena, ¿podia servirle para sus proyectos? Nada se perdia en probarlo, y la Nicolasa se propuso tomar informes acerca de Elena, y conocerla despues.

(Se continuará.)

AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 5.º, compuesto por don Javier Marquez Búrgos.

BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª D. 3.ª R.ª	1.ª p. toma D.
2.ª A. 7.ª AD.	2.ª C. toma A 2.ª AD.
3.ª T. 8.ª TR.ª jaque.	3.ª T. toma T. casilla TR.ª
4.ª T. 4.ª T. D. toma p.	4.ª C. toma p. ó da jaque.
5.ª C. 3.ª AR.ª mate.	

Las demás son fáciles.

PROBLEMA NÚM. 6.º

COMPUESTO POR D. MATEO ZAMORA Y D. JAVIER MARQUEZ.

NEGRAS.

BLANCAS.

Juegan y dan mate en cuatro jugadas.

DON RAMON VILANOVA.

«Cada vez que desaparece de este mundo algun hombre que, durante su peregrinacion en la tierra, haya dejado en pos de sí huellas notables de su saber ó de su talento, su fallecimiento, no sólo se hace muy sensible á deudos y amigos, sino que participan del sentimiento cuantos se interesan por el progreso científico, artístico ó literario del país en que viera la luz el que se consagró con ahinco y provecho á alguno de los ramos del saber humano.»

Esto decia cierto reputado escritor al comenzar un elegante artículo necrológico en honor del modestísimo y eminente artista músico don Ramon Vilanova, que falleció en la ciudad condal á las cinco de la mañana del 14 de Mayo último.

¡Bien fatal ha sido, por cierto, el año 1870 para las letras y las artes españolas!

Poetas ilustres han desaparecido para siempre de entre nosotros, como Lopez Garcia y Camprodon; publicistas como Rico y Amat y don Luis del Barco; pintores como Becquer y Lúcas; arquitectos como Enriquez, Aníbal Alvarez y Colomer; músicos tan distinguidos como Gaztambide, Arche y Vilanova.

Nació en Barcelona, hácia el mes de Enero de 1801, don Ramon Vilanova, y empezó á aprender, á la edad de siete años, los primeros rudimentos del arte divino, bajo la direccion del maestro don José Ferrer; y en 1809, habiendo sido invadida la capital de Cataluña por las tropas francesas, emigró á Berga el jóven artista, y continuó sus estudios con el maestro de la capilla de música de aquella poblacion.

En 1814 era discípulo del reputado Queralt, maestro de la capilla de la catedral de Barcelona, y fuélo tambien de otros varios profesores españoles hasta que partió para Milan, en 1829, á escuchar las lecciones de los célebres compositores Bonifacio Asioli y Piantadina, profesor éste en el renombrado conservatorio de Milan.

Un año permaneció en la bella y antigua capital de

la Lombardía; y cuando volvió á Barcelona, Vilanova fué nombrado maestro de la capilla de la catedral, cuya plaza estaba vacante.

Desde entónces se dedicó con asiduidad á la composicion de obras religiosas para el servicio de la capilla, estrenándose en poco tiempo dos solemnes misas, letanías, responsorios, rosarios, gozos, una bellísima plegaria á la Virgen, y otras de igual género.

De una de las misas citadas, dice el señor Fargas y Soler (cuyo artículo necrológico de Vilanova tenemos á la vista) que es una de las mejores obras del reputado maestro, por la riqueza de melodías, pureza de armonizacion, instrumentacion robusta y elegante, y carácter solemne y esencialmente religioso que domina en toda ella.

Hácia el año 1833 abandonó Vilanova la codiciada plaza que ocupaba en la capilla de la catedral de Barcelona, y pasó á Valencia como maestro director de la compañía de ópera italiana contratada para inaugurar el hermoso teatro que acababa de construirse en la ciudad del Turia; pero en el año siguiente fué cerrado el coliseo valenciano por haber invadido el cólera la ciudad, y aunque don Ramon Vilanova volvió á sus antiguos lares de Barcelona, ya se encontró desposeido de la plaza de maestro de la capilla de la catedral, puesto que durante su ausencia se habia conferido aquella al maestro don Mateo Ferrer.

DON RAMON VILANOVA.

En lo sucesivo, el maestro Vilanova se dedicó enteramente al profesorado, y atendió á las ordinarias necesidades de la vida dando lecciones de piano, armonía y composicion.

Pero su mérito como eminente profesor era bien conocido, y fué necesario hacerle muchas instancias para que enriqueciese el ya abundante repertorio de la música religiosa española con otras obras dignas de su preclaro ingenio.

Una misa de *Gloria*, compuso á dos voces y órgano, y tres de *Requiem*, para numeroso coro de voces y grande orquesta, las dos primeras brillantes y majestuosas, y la tercera con acompañamiento de violas, violoncelos, contrabajos y otros instrumentos de viento—cuya obra, dice su biógrafo, así por la severidad del estilo como por lo místico de las ideas, por el colorido siempre fúnebre y á veces tétrico que reina en la composicion, bien puede decirse que es una obra inspirada que raya en lo sublime.

Sus últimas producciones musicales han sido algunas piezas de música dramática, fragmentos de una ópera que no llegó á concluir; una solemne misa de *Gloria*, con grande orquesta, que fué adquirida por el colegio de notarios de Barcelona y estrenada en 1866, y algunas pequeñas piezas para voces solas, tales como un *Salutaris*, un *Tantum ergo* y varios *motetes*, dedicados á la congregacion benéfica de las Hermanitas de los Pobres de aquella poblacion.

Vilanova ha escrito además un excelente método de solfeo (del cual nosotros hemos oido grandes elogios á un muy distinguido profesor del Conservatorio de Madrid), que ha adquirido ahora, con proyecto de darlo á la estampa, una casa editorial de la capital del Principado.

Era achacoso y de constitucion endeble, y acometido por una corta, pero traidora enfermedad, don Ramon Vilanova pasó á mejor vida, segun hemos dicho, en la madrugada del 14 de Mayo último.

«Del capital que llegó á juntar, dice su ya nombrado biógrafo, fruto de su laboriosidad y largas economías, ha hecho en su testamento tres legados que merecen hacerse públicos, y que á dos de ellos titula premios á la virtud, cuya adjudicacion deja encargada á la Sociedad Económica de Amigos del pais de Barcelona. Uno de estos premios, de *cien duros*, se concederá anual y perpétuamente á un hijo ó hija de músico, nacido y habitante en Barcelona, que sin más arbitrio que su trabajo, mantenga ó haya mantenido por más tiempo á sus padres imposibilitados de trabajar. Otro premio de cien duros anual y perpétuo, que se dará á la viuda de un músico que sin más recurso que su honesto trabajo, mantenga ó eduque, ó haya mantenido y educado mayor número de hijos de su matrimonio. Tambien lega cien duros cada año á los pobres viejos é imposibilitados que estén bajo el cuidado de las Hermanitas de los Pobres de Barcelona.»

De Vilanova puede decirse lo que el famoso jesuita Padre Rodriguez aplicaba con gran oportunidad á los varones justos, que viven en el mundo una vida de laboriosidad y modestia, y vuelan despues al cielo á coger el premio que Dios concede á los que pasan haciendo bien á sus semejantes y practicando los sublimes consejos del Evangelio de Jesucristo.

ADVERTENCIAS.

A fin de evitar justas reclamaciones, especialmente de los señores suscritores en América, hemos determinado no servir desde esta fecha ejemplares de la coleccion del pasado año de 1870, hasta que se hayan terminado las reimpresiones de los números agotados. Esto no podrá tener efecto hasta pasados dos meses por lo ménos, en razon á que prefiriendo nosotros la perfeccion de aquellos á nuestros propios intereses, hemos dispuesto que sean hechos en el mismo establecimiento tipográfico en que imprimimos LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA y LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Reimpresos ya los números 4 y 11 de esta publicacion, los hemos remitido á los señores suscritores á quienes se les debia.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.